

EL TAO DE LA CARRETERA

Canis Major José Rubio Sánchez & José Miguel Cuesta Puertes



HIPERBÓREA

EL TAO DE LA CARRETERA

REFLEXIONES FILOSÓFICAS BASADAS EN CONCEPTOS ESOTÉRICOS TRADICIONALES

José Rubio Sánchez & José Miguel Cuesta Puertes



Hiperbórea

© 2013 HIPERBÓREA

Dedicado:
A los desconocidos que viajan, como nosotros,
hacia Ítaca,
por Caminos de Estrellas.

I

El Tao que puede conocerse no es el Tao.
La sustancia del Mundo es solo un nombre para el Tao.
Tao es todo lo que existe y puede existir;
el Mundo es solo un mapa de lo que existe y puede existir.
Las experiencias externas sirven para sentir el Mundo,
y las experiencias internas, para comprenderlo.
Los dos tipos de experiencia son lo mismo dentro del Tao;
son diferentes solo entre los hombres.
Ninguna experiencia puede contener al Tao
el cual es infinitamente más grande y más sutil que el Mundo.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

PRÓLOGO

Como es arriba es abajo,
como es abajo es arriba.

El Kybalion

Este escrito es una suma de reflexiones y experiencias, tal vez lo suficientemente cotidianas y, al mismo tiempo, atípicas, como para que despierten la atención del lector. Abundan en un paradigma de la cultura universal que concibe al Hombre como un Viajero, como un Peregrino que camina por la Vida en pos de un objetivo, sea o no consciente de ello. Los ejemplos son muchos, pero en España podemos destacar uno claro y hermoso: el llamado «Camino de Santiago»; y en nuestra tradición grecolatina recordamos al célebre Odiseo, vagando por los mares inhóspitos en busca de Itaca, su amada patria.

Pero la cantera es enorme. No hay civilización en el pasado que no haya tenido una visión espiritual del mundo, desde los pieles rojas americanos, a los hindúes, pasando por los pueblos egipcios, celtas o incas. Cada cultura ha utilizado sus propias palabras y metáforas para explicar las realidades de la vida, como lo ha hecho para nombrar a Dios. El Tao solo es una más. Nosotros, para unificar todas esas «visiones», al referirnos a ellas utilizaremos los términos «Sabiduría Antigua», o «Sabiduría Perenne».

En esta «cosmovisión» de carácter espiritual, todas las circunstancias cotidianas son el reflejo o la materialización de leyes naturales universales, son símbolos que ofrecen, a quien sabe descubrir sus significados, interrelaciones que explican, o al menos ofrecen una explicación de la realidad digna, como mínimo, de tenerse en cuenta.

El coche y la conducción, creemos, es una de esas metáforas.

De China extraemos el concepto del Tao divulgado por Lao Tse allá por el siglo V a.C., que viene a significar «la esencia de las cosas», en este caso el trasfondo del acto de «conducir». El Tao no es exactamente el *camino* sino la *esencia* del camino, lo Real en el sentido metafísico, aquello que vale la pena, que supera las formas, el continente y el contenido.

Comenta Jung en *El Secreto de la Flor de Oro*:

El signo chino para *Tao* está compuesto del signo para «cabeza» y del signo para «ir». Wilhelm traduce *Tao* por «sentido», otros por «camino», por «providencia» y hasta, como los jesuitas, por «Dios». Esto muestra la dificultad.

«Cabeza» podría indicar la conciencia; «ir» el «dejar camino atrás». Según esto, la idea sería: «Ir consciente» o «camino consciente».

El *Tao de la Carretera* pretende descubrir el «camino consciente», despertar la reflexión sobre el Tao de Conducir. Las experiencias y reflexiones aquí expuestas son las nuestras, pero no tienen por qué ser las mismas que las de los lectores. Sin embargo, estamos convencidos de que todo aquel que ha conducido un vehículo, en algún momento ha hecho una comparación entre el mundo de la conducción y el de la vida. Y eso se puede hacer porque existe una Realidad superior que trasciende a ambas realidades.

Hay una tendencia en el hombre a reflexionar, a ver más allá de los hechos, en un intento por atrapar sus causas y relaciones. Una actitud positiva que a veces se exagera y se lleva a extremos estrambóticos. Por ejemplo, en *El Pendulo de Foucault*, Umberto Eco, en un alarde de maestría literaria, esboza una explicación del árbol Sephirótico de la Cábala, utilizando, precisamente, el coche como centro. Destacamos la frase en la que dice:

Anoche encontré por casualidad un manual para aprender a conducir. Habrá sido la penumbra, o lo que me había dicho usted, pero empecé a sospechar que esas páginas expresaban Algo Distinto. *¿Y si el automóvil sólo existiese como metáfora de la creación?*¹ Pero no hay que limitarse a lo exterior, o a la ilusión del salpicadero, hay que ser capaz de ver lo que sólo el Artífice ve, lo que hay debajo. Lo que está debajo es como lo que está arriba. Es el árbol de las séfirot.

Como de tantas cosas en la vida, de este texto se pueden extraer diferentes lecturas. Por un lado la más evidente, a nuestro entender: «Los desvaríos a los que se puede llegar forzando la realidad a nuestros intereses», hasta el punto de querer ver el Árbol Sephirótico en un coche, o en la guía telefónica, o en una lavadora. Pero por otro lado, démosle la vuelta, al estilo egipcio, hermético: «si Dios está en todo, ¿no lo estará en un coche? Por Ley de Analogía, ¿no es posible ver, estudiando por ejemplo nuestro planeta, los compuestos físico-químicos que componen el Universo? ¿Es que no se refleja en lo infinitamente pequeño lo infinitamente grande?»

Nos atrevemos a pensar que un coche, el conductor y el acto de conducir, son un buen punto de partida para reflexionar sobre la existencia, para encontrar paralelismos, para explicar o entender misterios cósmicos a través de pequeñas realidades cotidianas; sobre todo para entendernos a nosotros mismos, Odiseos también en busca de Itaca.

Somos conscientes de que el Universo es relativo, que no existen los absolutos. Todo tiene múltiples puntos de vista, y el nuestro solo es uno más que, por supuesto, no consideramos ni el mejor, ni una revelación, ni nada por el estilo. Este libro está conformado tan solo de nuestras reflexiones, atesoradas durante años, fruto de las propias experiencias y de la contemplación de la realidad desde un punto de vista esotérico o filosófico, o ambas cosas a la vez. Desde luego que no es la verdad, pero, ¿qué es la verdad? Ni Jesús respondió a Pilatos. Nos movemos, como decía Platón, en el mundo de las opiniones, un camino tendido entre los extremos de la ignorancia y la sabiduría.

¹ La cursiva es nuestra.

Quizá y ese es nuestro único deseo, una u otra de estas reflexiones ayuden a algún lector, o al menos le hagan pensar.

SAN CRISTÓBAL, PATRÓN DE LOS CONDUCTORES

Unas pequeñas zapatillas colgadas del espejo retrovisor de mi coche me recuerdan que lo más importante me aguarda más allá del más fabuloso de los destinos.

José Miguel Cuesta

Cuando un griego o un romano emprendían un viaje, lo primero que hacía era acercarse al altar de Apolo-Mercurio y pedía que la travesía no tuviese incidentes y que le permitiese volver a ver a sus familiares queridos. Más de 2000 años después, el viajero moderno pone su mano en la imagen de San Cristóbal, el santo de los viajeros, y le pide exactamente lo mismo.

¿Ha pasado el tiempo? Sí, pero no. La gran fraternidad de aquellos que necesitan viajar para poder vivir, o sobrevivir, tiene su propio dios, su patrón, su ángel guardián o como lo queramos llamar. Todos sentimos un ligero temor cuando nos sentamos delante del volante, y la mayoría espera no ser un número más en las téticas estadísticas de tráfico.

El dios de los conductores siempre estuvo ahí. Apolo en Grecia, Mercurio en Roma, Anubis en Egipto, hoy San Cristóbal. Anubis era el dios que conducía las almas desde la vida, a través de las puertas de la muerte, al paraíso egipcio, el Amenti, el lugar de los bienaventurados, donde la amistad, el amor y la justicia son eternos. Según la sabiduría egipcia, Anubis, el dios con cabeza de perro, es el Gran Pastor que conduce a toda la Humanidad a través de la vida hacia el Amenti; porque todos somos viajeros embarcados en esta esfera que surca el espacio hacia el centro de la galaxia.

A él, a Mercurio, a San Cristóbal invocamos al iniciar el recorrido de este libro, deseando llegar a buen puerto.

LA FELICIDAD

La esencia y la vida son el más fino secreto del Tao.

Hui Ming King

Marchamos a velocidad de crucero. El coche se desplaza como ingrávido por la carretera. La música de Vivaldi –las *Cuatro Estaciones*, específicamente el *Invierno*– suena en la perfecta caja de resonancia que es el interior del vehículo. Una suave brisa muy agradable entra por la ventanilla del conductor ligeramente abierta, y nos deleitamos con los olores que vienen del campo próximo, el olor del tomillo y de la verbena. Delante las nubes se muestran gigantescas como inmensas montañas flotando en un cielo azul, mientras a lo lejos el Sol se eleva surgiendo de un horizonte con tonalidades naranjas. Estamos serenos, despiertos. Nuestro cuerpo, descansado después de un buen sueño, se encuentra especialmente receptivo. Entonces pensamos, ¿no será esto la felicidad?

¿Qué es la felicidad?, nos preguntamos todos, y un célebre escritor español respondía: La felicidad es dirigir un vehículo hacia el horizonte y apretar el acelerador. Asociamos los deberes, las responsabilidades, las obligaciones, la disciplina, con un lugar concreto, y cuando nos subimos en un coche y nos alejamos de ese lugar, sentimos una agradable sensación de libertad.

El hecho de conducir, cuando no es la obligación del trabajo la que lo impone, se convierte en un placer, en un acto de libertad en el que muchas veces el alma, ligeramente libre del peso del cuerpo, medita y reflexiona sobre las circunstancias de la vida, mientras suena una melodía en la radio, el viento acaricia nuestra piel y la naturaleza nos regala con sus encantos vislumbrados kilómetros tras kilómetros.

EL CUERPO, UNO DE NUESTROS VEHÍCULOS

Para que un vehículo funcione correctamente necesita una serie de cuidados. Esos cuidados tienen como fin permitir que el coche esté en condiciones de cumplir la misión para la que ha sido construido. El cometido de un vehículo es llevarnos a nosotros o llevar mercancías de un lugar a otro.

Para realizar bien esta tarea, es indispensable que la presión de los neumáticos sea la correcta, que el aceite esté entre los márgenes máximo y mínimo aceptables, que tenga líquido de frenos, agua, cristales limpios, espejos correctamente situados, los amortiguadores en perfecto estado, bujías, etc. Una serie de pequeños detalles de mantenimiento a los que hay que sumar una conducción correcta: no hacer cambios bruscos de velocidad, no frenar de golpe, no forzar las marchas, no pasar del límite de velocidad permitido, no gastar más gasolina... Es, en resumidas cuentas, lo que se ha dado en llamar «ergonomía».

Esa ergonomía se ha de aplicar también al conductor: debe estar bien despierto y despejado a la hora de conducir, no haber comido excesivamente para que la pesadez no le produzca somnolencia, no haber ingerido alcohol ni otras drogas que le alteren, descansar cada dos horas para que el cuerpo se relaje... Cuando todo eso se cumple, se consigue una armonía que permite conducir con placer y eficacia. Entonces, sólo fenómenos externos podrán provocar un accidente.

Como decía Epicteto: «Hay cosas que dependen de mí y otras que no». Cubierto nuestro cupo, dejamos a la suerte, Dios, el Destino o la Naturaleza los imponderables. Pero ojo, también depende de nosotros estar atentos a lo que hacen otros conductores, por si sus infracciones nos afectan.

Pensamos que esto mismo pasa con la vida. El cuidado del coche sería equivalente al que deberíamos dispensarle a nuestro organismo: control del peso, músculos tonificados por el ejercicio, poses sanas, higiene, etc. No se trata de caer en el hedonismo o el culto al cuerpo. El conductor no suele enamorarse del vehículo –aunque hay de todo–. Lo cuida porque lo necesita en perfecto estado para cumplir su función el mayor tiempo y en las mejores condiciones posibles. El cuidado del cuerpo, tal como lo enfocamos, no es deleitarse uno mismo delante de un espejo, es tener presente aquellos elementos que le permitirán ser eficaz muchos años. Como comenta Aivanhov, hay que procurar que las células que conforman nuestros músculos, huesos, órganos, etc. estén sanas, es decir, que sean felices.

En definitiva, nuestro cuerpo también tiene la misión de llevarnos de un sitio a otro, y la misma Naturaleza lo ha preparado para que la cumpla magníficamente. Pero tener la «maquinaria» en perfecto estado es simplemente lo básico; hay que cuidarla para así poder realizar con ella otras tareas más importantes como estudiar, aprender, trabajar o amar.

Cuando uno no cuida su vehículo, éste está más propenso a sufrir accidentes, cae enfermo, consume energía extra, tarda más de la cuenta en realizar las tareas, está más obtuso... factores negativos que le impiden cumplir su misión.

El uso del coche sería equivalente, siempre desde la perspectiva que destacamos en todo el libro, a la forma que un hombre tiene de conducirse por la vida: ser precavido cuando llegan curvas, descansar correctamente para poder seguir conduciendo, no forzar la máquina en exceso para no quemar el motor; incluso, llevando más lejos la comparación, podríamos decir que, al igual que hay coches más potentes que otros, con más caballos de potencia, más fuertes en sus estructuras metálicas, o equipados con más avances técnicos, del mismo modo no todos los hombres tienen el mismo cuerpo con las mismas capacidades. Los hay más enclenques, más débiles, y los hay más fuertes. Obvio, en realidad, porque todo depende del uso que se le dé al coche y de cómo se lo conduce.

Una persona que tiene un cuerpo físico débil, tal vez se esmere más en aprovechar sus escasos recursos y le saque más provecho que otro que al que le sobran energías, pero que las desperdicia en excesos.

De todos modos, más allá del coche y de su potencia está el conductor. Como en el hombre, más allá de su cuerpo, su energía, sus sentimientos e incluso su mente, está el Yo, y nunca podremos juzgar la grandeza de un hombre por su «vehículo».

MIS MÚLTIPLES YOS

Un día, mucho antes de que nacieran los dioses, desperté de un profundo sueño y descubrí que me habían robado todas mis máscaras –sí; las siete máscaras que yo mismo me había confeccionado, y que llevé en siete vidas distintas–...

Gibrán Khalil Gibrán, *El Loco*

Algunos, a veces, hablan del coche en primera persona y dicen: «Me han roto el piloto trasero, me quedé sin gasolina, no me funcionan los frenos, he de pasar la ITV...» ¡Por Dios! ¿Quién ha de pasar la ITV? ¿Quién se ha quedado sin gasolina? ¿A quién le han roto el guardabarros? ¿A nosotros o al coche?

Sí, ya lo sabemos, es una forma de hablar, pero la resaltamos, ponemos encima la lupa, porque esta actitud nos ayuda a entender los puntos de vista del Hombre, algo distorsionados algunos según la Sabiduría Antigua.

El coche es un vehículo, como hemos comentado. En Oriente, especialmente en la India, se considera al Hombre como el compuesto e interrelación de varios «vehículos» (vehículo en sánscrito es *sharira*). Hablan del vehículo físico (*Sthûla Sharira*), energético (*Prâna Sharira*), mental (*Kâma-Manas Sharira*), etc. como elementos distintos, con su propia vida e incluso intereses, aunque juntos conforman lo que llamamos Hombre. En realidad, la Tradición Hindú habla de cuatro vehículos para la Personalidad, la parte del Hombre que muere, y tres para el Individuo, el Alma o Espíritu, la parte del Hombre que trasciende la muerte.

Esta doctrina es mucho más amplia y complicada de explicar, aunque muy fácil y elemental cuando se entiende. Pero en definitiva, lo que se trata de decir es que el Hombre es un compuesto donde mente, emociones, energía, espíritu, alma y cuerpo se interrelacionan. A veces se ponen de acuerdo en tareas concretas, y otras buscan satisfacer sus propias necesidades, lo que puede provoca verdaderos conflictos.

Un ejemplo. Un hombre ha salido a practicar *footing*. Al llegar a casa su «cuerpo» le pide a gritos descansar, tirarse en el sillón; su *Prânico* (cuerpo energético), en cambio, quiere reponer fuerzas, quizá con una buena comida o un gran zumo de zanahorias (*¡Puag!*); pero el sentido del deber, la responsabilidad (*Manas*), le dice que debe olvidarse de todo eso y dedicarse inmediatamente al trabajo que tenía entre manos –bueno, después de una ducha–. ¿Quién gana?

Otro ejemplo. Un joven está estudiando, tiene un examen (*Kâma-Manas*, mente concreta). Pero le ha llamado su chica, de la que está muy enamorado (*Astral*, plano emocional), para salir; además tiene un hambre feroz (*Prâna*, energía), y unas ganas de ir al baño tremendas (*Sthûla*, cuerpo físico). ¿Quién gana?

¿Quién no ha pasado sueño y hambre por estar con la persona amada, o por terminar un trabajo? ¿Quién no ha cedido a una buena ración de comida basura aún sabiendo que era malo para su salud? Bueno, ejemplos miles, no, millones; todos los días, todas las horas; porque es la constante batalla de todo Ser Humano.

Lo que aporta esta forma de contemplarnos es que, en primer lugar, ayuda a comprender que no todas las cosas que queremos, sentimos o deseamos las queremos «Nosotros». No, las quiere una parte de nosotros, pero no por quererla debe ser satisfecha. En segundo lugar, esta visión del Hombre permite identificar quién, de todos nuestros vehículos, es el que quiere algo: ¿El cuerpo físico, el emocional, el mental? Es como la célebre imagen del ángel bueno y el malo intentando convencernos, solo que, según esta visión del hombre, son «varios» los interesados que pugnan por salirse con la suya. ¿Alguien ha dicho esquizofrenia múltiple al cuadrado?

Para algunos filósofos, como hemos mencionado, lo que hay que conseguir es someter a estos «personajillos», «doblegarlos», «constreñirlos», en aras de metas más altas. Para otros hay que dejarlos que se «expresen», que se «expandan», que sean «ellos mismos». Nosotros pensamos, humildemente, como ya dijera el Budha y tantos otros Iluminados, que en el término medio está la virtud.

El coche es, a nuestro entender, un vehículo más a sumar a los anteriores, con sus propias características y necesidades, por lo que no serían Siete sino Ocho. Y no, tampoco podemos llevárnoslo al otro barrio.

Por otro lado, lo que la Tradición nos trasmite es que, de igual modo que por la noche aparcamos el coche en el garaje y nos vamos a dormir, el Alma «aparca» sus vehículos, con los que se ha movido por la Vida, y se va a descansar; para coger otros vehículos al «día siguiente». En eso gana el Alma, porque nosotros, al «día siguiente» seguimos con el mismo coche.

Dentro del coche, o fuera, seguimos siendo Nosotros, seguimos teniendo conciencia del Yo.

EN LA OSCURIDAD

Allí estaba yo, en el hospital, entre tinieblas, distinguiendo apenas la silueta de un joven tirado en la cama, y su chica al lado, cogiéndole de la mano y llorando con amargura.

No importa su nombre ni su edad. Ahora es solo parte de una estadística, la que recuenta los accidentes del fin de semana.

Os diré que era joven y que, con una parálisis cerebral producida por la colisión de su vehículo, lo demás no tiene sentido, porque su vida se ha acabado, se ha quebrado como una rama seca.

Adiós sueños, deseos, metas. Adiós al amor, a la familia. Adiós a esa vida que podría haber sido maravillosa, aún con sus miserias.

Todo, ¿por qué? Quizá por una imprudencia.

Entonces miro a la chica, la novia de ese joven... y no puedo evitarlo... lloro... Porque con la muerte de su amado también se hunde su mundo, se rompen sus sueños, como su corazón, que quizá ya nunca se recomponga.

Pero qué importa. Ya no es un hombre, ahora solo es una estadística.

Debo irme pero, antes, contemplo el rostro del joven y descubro que... soy yo mismo.

IV

El Tao es vacío,
imposible de colmar,
y por eso, inagotable en su acción.
En su profundidad reside el origen
de todas las cosas.
Suaviza sus asperezas,
disuelve la confusión,
atempera su esplendor,
y se identifica con el polvo.
Por su profundidad parece ser eterno.
No sé quién lo concibió,
pero es más antiguo que los dioses.
Lao Tse, *Tao Te Ching*

LAS LEYES DE LA CIRCULACIÓN Y DE LA VIDA

La tradición hindú nos aporta otro concepto: Los «Señores del Karma». Son entidades abstractas cuya función es controlar los destinos individuales y colectivos de todos los seres del Universo, algo parecido a un superordenador cósmico de diez billones de Exabytes (1 Exabyte es igual a mil millones de gigas) que regula las sucesiones de causa-efecto en cada uno de los seres del cosmos, y la interrelación entre todos. A veces, como en China, se los representa como dragones guardando las puertas. Desde el punto de vista del *Tao de la Carretera*, los Señores del Karma son, en una de sus facetas, como los semáforos que ayudan a organizar los destinos individuales (dharma) –cada conductor con su vehículo– dentro del destino colectivo (Dharman). Regulan el tráfico, dejando pasar a unos u otros en los momentos adecuados, y permiten que todos circulen con armonía.

Pero son mucho más. Cuando un hombre realiza una acción negativa o positiva, los Señores del Karma se encargan de que se restablezca el equilibrio dándole un premio o un castigo, ayudándole a corregirse para poder acceder al Nirvana. En este sentido, son también como la policía de tráfico que, cuando detectan un infractor, le aplican una sanción o multa, y le quitan los puntos correspondientes del carné de conducir.

Para explicar la teoría hindú del Dharma y el Karma, que mencionaremos varias veces en este escrito, creemos que las leyes del tráfico son un buen ejemplo. La doctrina del Dharma y el Karma considera el Universo como un lugar donde todos los seres evolucionan al unísono, pero a distintas velocidades. Cada ser (o grupo de seres) tiene su propia línea evolutiva. Parte de un origen primigenio, burdo, defectuoso y tiene predestinado la Perfección. En realidad, si nos ajustamos a esta doctrina que podemos descubrir en todas las culturas con diferentes nombres, lo que de verdad ocurre es que se parte de un origen luminoso al que se vuelve después de haber descendido a las capas más bajas de la materia. Como hemos mencionado en el prólogo, en Grecia se simbolizaba con el regreso a Ítaca de Odiseo.

En definitiva, la vuelta al origen pasa por la acción, por el movimiento, y la acción engendra Karma (Karma significa acción, pero lleva implícito el concepto causa-efecto, pues cada acción produce un efecto del que es causa, y el nuevo efecto es causa de otro; una acción es siempre ambivalente, es efecto y causa), y esa acción será positiva si ayuda a realizar el Dharma Individual y será negativa si lo detiene o desvía.

Cada ser lleva su propia línea de causas-efectos. Pero, irremediablemente, al actuar en un Universo donde hay más seres, las distintas líneas de causa-efecto se entrecruzan y, para regular todo eso y que no haya injusticias, actúan los Señores del Karma.

Lo mismo ocurre en el «Universo» del tráfico. Cada vehículo es independiente, lleva su propio camino. Partió de un lugar y se dirige a otro. En su deambular, en su trayectoria, circula por las calles de la Vida, y ha de adaptarse a unas leyes que, semejantes a las Leyes Naturales, no están ahí para constreñirle, sino para ayudarlo. Gracias a las señales de tráfico, a los semáforos, a las líneas del suelo, «incluso a la policía», el conductor sabe en todo momento dónde está, qué debe o no hacer. Al mismo tiempo, esas Leyes o Normas rigen a los otros vehículos, y su respeto permite la armonía y la marcha general de todo un país.

A veces un conductor se salta una norma, rompe el equilibrio, y entonces los Señores del Karma mandan un policía y ponen una multa. Ni los Señores del Karma ni el policía de tráfico odian al infractor, sólo corrigen una desviación, velan por el bien individual del conductor, y por el bien colectivo.

Nuestra opinión es que esta analogía merece ser meditada con profundidad.

Es interesante destacar que en el mundo cotidiano del tráfico, las normas se conocen, las señales se ven. Una te dice: Aquí no adelantes; otra: No sobrepases el límite de velocidad. Sin embargo, pensamos que el Universo que nos rodea está lleno de estas señales para aquel que las sabe ver y que a nuestro alrededor, miles de detalles, e incluso las estrellas que brillan en el firmamento, nos indican cuál es nuestro Destino.

MAESTROS DE VIDA

Para aprender a conducir existen academias e instructores, y es necesario e incluso obligatorio que nos enseñen. En realidad es una suerte, porque con su experiencia y labor pedagógica pueden corregir nuestros errores *in situ*. Así hasta que nos valemos por nosotros mismos.

Y nos preguntamos: para aprender a vivir, ¿hay academias e instructores? ¿Existe un Código de Circulación para el Ser Humano que éste deba conocer? ¿Hemos de ser, por necesidad, autodidactas? En nuestro viaje a Itaca: ¿estamos solos y abandonados?

Pensamos que no. Tal vez sean más difíciles de encontrar, tal vez no se anuncien en los periódicos, pero creemos que existen. La pregunta es otra: ¿estamos dispuestos a seguir sus indicaciones?

Lo cierto es que, si bien no parece que tengamos cerca una academia para «aprender a vivir», lo que en la antigüedad se llamaba Pequeños y Grandes Misterios, como los Eleusinos, sí que es verdad que cientos de maestros, de hombres de gran nivel intelectual y espiritual nos han dejado sus obras, desde Epicteto a Kant, desde Jesús al Budha. Son sus obras, las que nos han quedado, las normas de tráfico de las carreteras de la vida.

SABER INTERPRETAR LAS SEÑALES

Un día cualquiera, un domingo, por ejemplo, cogemos el coche. Por donde nos movemos hay señales de tráfico. Queremos ir al centro de la ciudad y un cartel nos lo indica, queremos salir al campo y otro nos informa de los kilómetros que faltan para llegar a nuestro destino. Uno nos dice que la calle es de una sola dirección, otro que hay una curva peligrosa; más allá, otra señal nos avisa de un socavón, otra de que se están realizando obras. Por suerte para nosotros, sempiternos conductores, hay miles de señales proporcionándonos información útil.

¿No sería la vida más fácil si en nuestro existencial deambular encontráramos indicaciones que nos advirtieran de los peligros, que nos avisaran de que hay desvíos, puentes o socavones, que nos ayudaran a elegir un carril u otro?

La Sabiduría Antigua dice: «¡Eh!, estúpido. Claro que hay señales, lo que ocurre es que no las ves, lo que ocurre es que has perdido la capacidad de *entender* los signos que la vida te pone delante de las narices».

¿Recuerdas la película *Como Dios*? El protagonista, Jim Carey, en un momento determinado, enfadado, exige a Dios una señal, y Dios se la da: en la carretera aparecen carteles de tráfico que indican peligro, e incluso un camión lleno hasta los topes de señales se pone delante, pero él no las ve; está tan cegado por su ira que se estrella. Eso nos ocurre a nosotros. Las señales están ahí, siempre han estado, pero nosotros no las vemos.

Un ejemplo clásico: los antiguos, que creían en, o se imaginaban que existían dioses, se pasaban el día atentos a los signos y los descubrían en los lugares más peregrinos. Tenían diversas ciencias adivinatorias, como la oniromancia, escuchar el viento, el canto y el vuelo de los pájaros... Quizá exageraban, quizá muchos se aprovechaban de la ignorancia o ingenuidad de sus conciudadanos, pero algo debe tener de verdad una costumbre que vemos en «todas» las culturas y perdurando durante milenios.

Es posible que se pasasen de listos, pero... ¿es tan inverosímil creer que la Naturaleza nos envía señales para ayudarnos a «conducir» nuestra vida? A veces son intuiciones, presentimientos; en ocasiones mensajes en un libro abierto «casualmente», en una frase cogida «al azar», en un cambio de emisora en la radio. Es posible que no estemos solos y que la Naturaleza nos ayude en el camino.

Jung popularizó el concepto «sincronicidad», otra forma de llamar a la «casualidad», o, mejor dicho, a la «causalidad». Aquellos acontecimientos que ocurren en nuestra vida y que parecen fortuitos. El insigne psicólogo propone la sugerente idea de que esos acontecimientos fortuitos son, en realidad, un método de comunicación. ¿De quién? Quizá de Dios, de la Naturaleza, de los dioses, del Inconsciente Colectivo o el Personal. ¿Qué importa la fuente? Son mensajes para ayudarnos.

LA RADIO

Vamos conduciendo un tanto aburridos y decidimos poner la radio. Sintonizamos la señal de una emisora que emite algo que nos interesa. Quizá música, noticias, la actualidad, el tiempo. Cuando nos parece bien la apagamos.

Parece magia. De repente el aparato, antes inactivo, mudo, ahora capta unas ondas que circulan por el aire y las reproduce de forma audible a nuestro sentido del oído. Las ondas estaban ahí antes, y muchas, cada vez más, pero hemos necesitado un sintonizador para captarlas.

Hace tiempo, un amigo, uno de esos pequeños maestros con los que nos encontramos en la vida, me hizo fijarme en este detalle tan trivial y cotidiano. Me dijo, no lo olvidaré nunca: «¿Te imaginas que Dios tenga una gran emisora que emita las 24 horas del día y 365 días al año, y con múltiples cadenas? Imagina, además, que tú tienes la radio ideal para captar esas ondas y entenderlas».

Desde aquel día, cuando enciendo la radio del coche, envidio esa capacidad de captar los mensajes de Dios, de sintonizar su «emisión». La Voz esta ahí, constante, perpetua, rodeándonos, atravesándonos, pero no todos la pueden oír.

¿Será que no hemos adquirido el sintonizador adecuado? ¿Será que no sabemos cómo volvernos lo suficientemente sensibles para que las membranas del alma vibren al son del Universo que nos rodea? ¡Qué gran misterio!

La Música de las Esferas suena para todos nosotros, un fenomenal vals cósmico, pero, ¡desgracia para nosotros, la mayoría de los mortales!, no la oímos.

LOS MAPAS

Cuando salimos de viaje y queremos ir, por ejemplo, a Lisboa –no habiendo estado nunca en esta preciosa ciudad–, a nadie se le ocurre meter los bártulos en el coche y empezar a conducir sin más, sin haberse enterado antes de, por lo menos, por qué carretera principal debe salir de la ciudad. Lo habitual e idóneo es coger un mapa de carreteras, establecer la mejor ruta y, luego, planear los trayectos y los descansos para realizar un buen viaje.

Hoy en día (2008), incluso podemos pedirle a un programa informático que nos trace la mejor ruta, donde prime la rapidez y/o la economía. Y el novomás: con la tecnología GPS podemos llevar un navegador vía satélite en el mismo coche; muy parecido a que «nos guíen desde el cielo».

Sin embargo, en la vida muchos caminan sin guía, sin saber ni siquiera hacia dónde deben ir, porque ni ellos lo saben, ni les han enseñado, ni tienen un buen mapa de carreteras realizado por profesionales; por los que ya han viajado, medido, recabado información y de los que nos podemos fiar.

En este sentido estamos todos un poco desprotegidos. La vida tiene muchos misterios y, aunque la ciencia trabaje día y noche en desvelarlos, muchas zonas son todavía inhóspitas y no están reflejadas en los mapas de la Vida que nuestra civilización posee. No nos referimos a las guías que, por ejemplo, un padre da a su hijo, sino al Mapa de la Vida, el de Todos, sea cual sea nuestra raza, condición social, edad o sexo.

Nos aventuramos a asegurar que cada civilización ha poseído sus «propios mapas» donde se especificaban «sus rutas», y en todas las civilizaciones hubo místicos que mostraron al incrédulo mundo sus «caminos» para llegar a Dios.

En cierta ocasión, hablando precisamente de Dios, le preguntó un escéptico a un filósofo:

–¿Cómo puede hablar de Dios, de mística, del Alma, si no ha visto nada de estas «cosas»?

Contestó el filósofo:

–¿Usted ha estado en China.

–No –dijo el escéptico.

–Entonces –preguntó el filósofo–, ¿cómo cree en China si nunca la ha visto?

El escéptico contestó raudo:

–Porque existen libros que hablan de China, fotos, mapas, que explican cómo es y cómo llegar a ella. Y tengo amigos que han ido y me fío de ellos.

–Del mismo modo –replicó el filósofo–, grandes místicos como Jesús, Santa Teresa, San Francisco de Asís, Sankaracharya, Buddha, Hermes, Pitágoras, Plotino... nos han dejado los mapas con las indicaciones para llegar a Dios.

Obras como el *Libro Tibetano de los Muertos*, o el *de la Oculta Morada* egipcio, el *Apocalipsis* de San Juan, el *Corán* o la *Biblia*, son mapas que conducen al Tesoro Escondido, mapas que no nos dicen donde está Lisboa ni China, pero que nos indican el camino que debe seguir el Alma para encontrar su Patria Celeste.

DEPRISA, DESPACIO

Es curioso observar a conductores que van con sus coches por las carreteras con mucha tranquilidad, quizá con excesiva tranquilidad, conduciendo como si pasearan, sin darse cuenta de que están imbuidos en la marea del tráfico. Parece que disfrutaran viviendo o sintiendo cada metro del suelo que el coche recorre, o cada anuncio de publicidad que hay estratégicamente situado en las fachadas de los edificios.

Hay otros que van por las carreteras desesperados, apurando el semáforo al límite, metiéndose y retorciéndose entre los coches como serpientes, adelantando en *fracciones de metro*, muchas veces superando los límites de velocidad, viviendo sobre el filo de la navaja.

Estos dos extremos entre los cuales, evidentemente, existen muchos puntos intermedios, son como dos formas de encarar la vida: una quizá excesivamente tranquila, peligrosamente relajada, perdiendo tiempo en elementos superfluos ajenos al verdadero fin: llegar al punto de destino. Y otra dramáticamente alejada de la realidad del momento, demasiado pendiente de la meta final, olvidando, muchas veces, que a su alrededor circulan otros seres humanos.

Nos podríamos preguntar si una opción es más válida que la otra, o si, más bien, ninguna es la adecuada. Aunque tal vez tampoco se trate de considerar cuál es más válida, y sean ambas distintas formas de huir de la Realidad, pues quizá el veloz, cuando llega a su punto de destino pierde miserablemente el tiempo que robó en la carretera, y el lento es simplemente un hombre aburrido que no sabe cómo matar las horas y los días.

Pensamos que en gran medida, la manera en que uno encara la carretera es similar a cómo encara la vida. Algunos van por ella tan acelerados, tan pendientes del lugar al que quieren llegar, que no observan lo que hay a su alrededor: Naturaleza, amigos, familia..., y otros van tan lentos, que parece que no quieran vivir y sólo esperan el momento de la muerte sin saber sacarle partido a las mil maravillas del mundo en el que estamos inmersos.

En un monasterio Zen, un viejo maestro se lamentaba cuando cualquiera de sus discípulos, llevado por el entusiasmo, se proponía alcanzar rápidamente el Nirvana. Se dedicaba a meditar y reflexionar intensamente, tanto, que olvidaba los pequeños detalles de la vida diaria. En otro monasterio se afirmaba: «Si pierdes el tiempo con los detalles del camino, nunca alcanzaras al Budha». ¿A quién hacemos caso?

XIV

Se le llama invisible porque mirándole
no se le ve.

Se le llama inaudible porque escuchándole
no se le oye.

Se le llama impalpable porque tocándole
no se le siente.

Estos tres estados son inescrutables
y se confunden en uno solo.

En lo alto no es luminoso,
en lo bajo no es oscuro.

Es eterno y no puede ser nombrado,
retorna al no-ser de las cosas.

Es la forma sin forma
y la imagen sin imagen.
Es lo confuso e inasible.

De frente no ves su rostro,
por detrás no ves su espalda.

Quien es fiel al Tao antiguo
domina la existencia actual.

Quien conoce el primitivo origen
posee la esencia del Tao.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

MUJER TENÍA QUE SER

¿Cuántas veces has oído o pronunciado esta frase? ¿Será verdad que las mujeres conducen de forma diferente, peor que los hombres?

Solemos escuchar: «Hay de todo». «Hay mujeres que conducen mal como hay hombres que conducen peor». «Un mal día lo tiene cualquiera, tanto hombres como mujeres». «¡Oh no!, todo lo contrario, las mujeres conducen mejor que los hombres».

En muchas culturas antiguas, como la china, consideran que el Universo es dual en su manifestación material, y que cada parte de esa dualidad, el Ying y el Yang, tiene sus propias características. Y esas características, tanto masculinas como femeninas, con matices por supuesto, se muestran en todas las facetas de la vida. La mujer, como el hombre, lo es «por naturaleza». Nace mujer, no elige el sexo, y por lo tanto está condicionada «inexorablemente» por su condición Ying. Eso no significa que no pueda vivir experiencias que parecen ligadas a los hombres, no, lo que quiere decir es que haga lo que haga, salvo excepciones, lo teñirá con su propia naturaleza, ya sea Primera Ministra, directora de empresa, médico, o conductora.

Lo difícil es definir esas cualidades. En eso no nos ponemos de acuerdo, sobre todo los psicólogos, pero ¿sabéis quién lo tiene muy claro?: Los agentes de seguros. Ellos pueden confirmarnos que los siniestros en la población femenina son más bajos. «Claro, dirá alguno, porque son ellas las que los provocan». Lo cierto es que no conducen igual los jóvenes que los mayores, los nerviosos que los apáticos, las mujeres que los hombres. Y no significa que uno conduzca mejor que el otro, conducen de forma diferente.

Lo interesante de esta cuestión es que, a nuestro entender, y apoyándonos en Platón, el Ser Humano lo es «a pesar» del sexo que tenga. Para el filósofo ateniense, una mujer podía ser guerrera, minera, magistrada, más allá de sus condiciones sexuales. El Alma no tiene sexo, y nada en el mundo manifestado, ni el color de la piel, la nacionalidad o la edad pueden evitar que se manifieste, lo que no es óbice de que esas características influyan.

Como hemos dicho y repetiremos en este libro más de una vez, aunque el coche esté pintado de rosa y lleve un lacito, o de azul con el escudo del Athletic hasta en la tapicería, lo importante es el Ocupante, el Yo, atemporal, eterno.

Que no desvelamos el gran misterio. Por supuesto.

LA DISTRACCIÓN

Antes que el alma pueda oír, es menester que la imagen (el hombre) se vuelva tan sorda a los rugidos como a los susurros; a los bramidos de los elefantes furiosos, como al zumbido argentino de la dorada luciérnaga.

Antes que el alma pueda comprender y recordar, debe estar unida con el Hablante Silencioso, de igual modo que la forma en la cual es modelada la arcilla, lo está al principio con la mente del alfarero.

Porque entonces el Alma oirá y recordará.

Y entonces al oído interno hablará:

LA VOZ DEL SILENCIO

H.P. Blavatsky, *La Voz del Silencio*

Cuando circulamos por las calles y carreteras de nuestra localidad, vemos en algunas esquinas, fachadas de edificios o cruzando por encima de esas mismas calles, carteles llenos de frases, imágenes y colorido que llaman nuestra atención, tanto más cuanto más provocativos son. Modelos de cuerpos perfectos, hombres y mujeres, nos miran con ojos seductores mientras un coche último modelo nos promete la felicidad absoluta –si lo compramos–, o unos grandes almacenes nos recuerdan, de nuevo, que es la semana de las rebajas, ayer fue la de marroquinería italiana, antes de ayer la cerámica china, así *ad infinitum*, llamando nuestra atención de forma cada vez más rocambolesca.

Quizá no siempre lo logran, aunque siempre lo intentan, pues están puestos en lugares estratégicos con esa intención. No hay carretera ni calle sin publicidad. Provocándonos, incitándonos, prometiéndonos felicidad al alcance de todos, en fin: distrayéndonos.

Recuperemos el punto de vista de la Sabiduría Milenaria. Del mismo modo que nos ocurre al conducir, en nuestro caminar por la vida también surgen deseos, fantasías, ilusiones que, sin ser nunca suficientemente despreciables, y a veces algo necesarias, en realidad envuelven la vida del hombre en una burbuja llena de reflejos, que no permiten encontrar el verdadero sentido de la vida, y sin embargo, gastan nuestro tiempo y esfuerzo –no hablemos del dinero– demorando una y otra vez dirigirnos al verdadero sendero.

Al conducir la distracción puede ser fatal, es algo obvio. Pero, ¿y en la vida del Alma? ¿Cuántas sirenas llenan los oídos de Odiseo con embaucadoras promesas, atrayéndolo hacia las criminales rocas?

Al igual que al conducir desviamos la atención, rebajamos la velocidad y, tal vez, nos vemos obligados a frenar para no chocar con el vehículo que va delante, a veces en la vida hacemos lo mismo, distrayéndonos de la meta, frenando, en ocasiones chocando con otros compañeros de viaje, accidentándonos, y hasta muriendo.

El Alma, en su periplo, según la Filosofía Tradicional, se distrae en este mundo de espejos, olvidando lo esencial. Conversa con la nada y se mantiene silenciosa ante lo Real. De ese modo, como el conductor distraído, se arriesga, como máximo a tener un accidente, y como mínimo a perder miserablemente su tiempo.

ORDEN Y CAOS

Cuántas veces uno circula por la carretera y ve las líneas pintadas en el suelo, simples, dobles, continuas o discontinuas, a veces para dos carriles, otras para cuatro o cinco.

Mientras esas líneas están a la vista, hay cierta seguridad, uno sabe por dónde va él y por dónde los demás, reconoce su espacio, su límite, y el de los otros. El que conduce más rápido sabe cuál es su carril y lo mismo el que va más lento. Y las distancias laterales se respetan, al menos, porque hay una referencia para todos.

Sin embargo, cuando, debido a obras de asfaltado, desvíos u otros motivos, las líneas del suelo desaparecen, es como si desapareciese el orden y surgiera el caos: perdemos las referencias, nos acercamos o se nos acercan otros coches peligrosamente, sentimos un poco de miedo y, sobre todo en las curvas, la falta de indicaciones nos puede provocar salirnos de la carretera. Hay más incertidumbre, más nerviosismo, estamos más perdidos.

Del mismo modo –siguiendo nuestras comparaciones con el peregrinaje del Alma–, cuando hablamos de organizar la vida, planificarla, dirigirla por unos u otros carriles, siempre surgen conflictos. En realidad, la disciplina o la organización, como las líneas indicadoras de la carretera, no son ni más ni menos que eso: «Indicadores», referencias, medios y no fines en sí mismos, con el objetivo de guiarnos en el camino. Permiten, como cuando hablamos de la libertad, saber dónde termina la nuestra y empieza la del vecino. Se asemejan, construyendo otro paralelismo, a las normas de cortesía tan necesarias para la convivencia en sociedad.

El Cosmos es un maravilloso ejemplo precisamente de eso. El Sol, por no irnos muy lejos –solo varios millones de kilómetros–, no dice: «¡Eh!, Humanidad. Sí, vosotros, los del planeta Tierra. Me voy de vacaciones. Solo una o dos semanas. Ya nos veremos». Y un carajo, si se va el Sol no lo volveremos a ver, porque moriremos todos congelados.

El orden que vemos en las reglas de tráfico no son para castigar a los hombres, para hacerlos sufrir, para constreñirlos. Todo lo contrario. ¿Qué ocurre si se estropean los semáforos de un cruce? El caos. ¿Y si viene la policía a sustituirlos? Más caos todavía... Es broma.

Del mismo modo, siguiendo uno de los aforismos más importantes de la Filosofía Hermética: *Como es arriba es abajo*. Las Leyes de la Naturaleza que nos rodean no están para esclavizarnos, sino para ayudarnos, para que conociéndolas, como conocemos el código de circulación –quien lo conozca–, podamos «viajar» por la vida con más comodidad.

LA ATENCIÓN

El conductor, es natural, puede estar cansado –algo muchas veces inevitable–, pero no puede abandonarse a ese cansancio. Cuando se conduce, cuando se circula por la carretera, hay que estar muy despierto, lo suficiente para ver las señales, para seguir en nuestro carril, para poder observar a los otros conductores y viandantes.

Siguiendo con nuestras analogías, hay un concepto en la Sabiduría Antigua que afirma lo siguiente: El «Alma debe estar siempre despierta». Es decir, el Ser Humano en esencia es un Alma que habita un cuerpo, no un cuerpo que tiene un Alma. Esa Alma puede encontrarse aletargada, dormida dentro de su manto de carne, o puede estar despierta. Lo que defiende la Tradición es que el Alma debe estar despierta para ser plenamente consciente de la Realidad. El hombre no es el violín, es el músico que hace vibrar el violín.

El Alma despierta puede controlar el cuerpo y ponerlo a su servicio, para poder viajar por la vida cumpliendo su destino. De la misma manera que cada conductor viaja por un motivo distinto, cada ser humano tiene su destino individual y, todos, uno colectivo

Es importante el concepto de estar despierto porque, tanto al conducir como en cualquier circunstancia de la vida, estar atentos es fundamental. Ese estado de atención, volviendo a la Tradición y, en este caso a la budista, es una de las cualidades que debe adquirir un monje para conocer, comprender y dominar el mundo de la acción, y es una de las verdades expuestas por el Buda en el Noble Óctuple Sendero: «Concentración Perfecta». No hace falta ser budista, para que esta forma de encarar la vida nos beneficie.

Mientras conducimos podemos ir recreándonos con la belleza del variopinto paisaje de nuestra tierra, con una música de fondo que nos conforte. Podemos ir hablando cordialmente con el resto de los ocupantes del vehículo, o podemos seguir inmersos en nuestros pensamientos. Habrá personas que, según su grado y dominio de sí mismo, podrán hacer más o menos cosas a la vez; pero todas estas cosas deben de estar supeditadas a la más importante: La Carretera, y que nunca perdamos de vista el Horizonte, la meta, el fin.

LA ATENCIÓN II

«[...] estos ejercicios de atención y de control, no conciernen únicamente a las comidas, sino que también se reflejan en las demás actividades de la vida corriente, incluso en ciertos casos pueden salvaros la vida. En efecto, si la gente fuese un poco más consciente, más dueña de sí misma, y estuviese más atenta, habría menos accidentes de trabajo, y especialmente, en las carreteras...

Consideremos solamente los accidentes de coche que cada año ocasionan millares de muertos y de heridos. Existen tantas normas e indicaciones para los conductores que los accidentes no deberían producirse. Si se producen, es porque las personas no están lo suficientemente habituadas en su vida cotidiana a mostrarse reflexivas, prudentes, atentas a los objetos y a las criaturas que están a su alrededor. Entonces, cuando cogen el coche, conducen imprudentemente como si estuvieran solos en la carretera. Se muestran negligentes. Llueve, hay niebla, pero les da igual, continúan conduciendo a la misma velocidad. Hay otros coches circulando, no importa, actúan como si estuvieran solos. En la carretera hay árboles, zanjas, muros, pero ni piensan en ello, porque no han aprendido a tener en cuenta lo que tienen delante de ellos, a su alrededor, en qué lugar, y a qué distancia [...] Si os ejercitáis moviendo los objetos hábilmente, sin hacer ruido, adquirís esa atención y ese dominio tan indispensable en la vida, tanto para vosotros como para cuantos os rodean.»

Omraam Mikhaël Aïvanhov, *La Vía del Silencio*

XVI

Alcanza la total vacuidad
para conservar la paz.
De la aparición bulliciosa de todas las cosas,
contempla su retorno.
Todos los seres crecen agitadamente,
pero luego, cada uno vuelve a su raíz.
Volver a su raíz es hallar el reposo.
Reposar es volver a su destino.
Volver a su destino es conocer la eternidad.
Conocer la eternidad es ser iluminado.
Quien no conoce la eternidad
camina ciegamente a su desgracia.
Quien conoce la eternidad
da cabida a todos.
Quien da cabida a todos es grandioso.
Quien es grandioso es celestial.
Quien es celestial es como el Tao.
Quien es como el Tao es perdurable.
Aunque su vida se extinga, no perece.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LAS METAS

Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.

Mateo 6, 33

Cuando conducimos, podemos tener nuestra vista dirigida hacia el final del fondo de la carretera, o podemos clavarla a unos pocos metros por delante del coche, en el asfalto que va devorando.

Cuando esto ocurre, cuando el conductor circunscribe la amplitud de su mirada tan solo a los pocos metros que hay delante, el viaje se vuelve muy peligroso para él, para los que le acompañan y para los que circulan a su alrededor.

Si, por ejemplo, en la carretera hay un socavón, hasta que no llegue prácticamente a su altura no lo descubrirá, y entonces las posibilidades de evitarlo serán escasas. Intentará realizar una maniobra en el último momento para vadearlo, maniobra que interferirá en el tráfico circundante, produciendo, quizás, un accidente.

Al contrario, cuando uno tiene su vista puesta en el horizonte, mucho más allá, abarcando los próximos kilómetros, no en el sentido de «en el infinito», sino en la próxima lejanía, puede prever con muchísima antelación cualquier novedad en la carretera, por ejemplo el hoyo mencionado más arriba, y tendrá tiempo de realizar, esta vez sí, las maniobras pertinentes.

En nuestra transliteración de las vivencias del conductor al plano existencial, buscando el perfume que desprenden los actos, pensamos que lo descrito más arriba es equivalente a lo que le ocurre al hombre demasiado apegado a su entorno. Éste prefiere lo conocido malo antes que lo desconocido bueno, no da un paso si no está superlativamente organizado, hace planes con las miras puestas a corto plazo, y ve la vida desde abajo, pesándole demasiado los problemas, con miedo al futuro, al cambio. Cuando a un hombre con estas características le sorprende un problema inesperado, no está preparado para afrontarlo, y le abofetea en la cara.

Sin embargo, el hombre que va por la vida con la mirada puesta en un horizonte más lejano, que no se conforma con lo conocido, sino que incluso busca lo desconocido, que tiene una meta lo suficientemente elevada, todo lo demás lo va vadeando, y supedita más organizadamente lo presente a lo futuro.

Es, de alguna manera, la celebre visión terrenal y espiritual en estado puro. Es la frase de Cristo que dice: «Desead el reino de los cielos y todo lo demás se os dará por añadidura». La persona que pone sus metas, su conciencia, en las cosas pequeñas, morirá con ellas. La persona que las pone en lo espiritual es eterna.

Pero también es conveniente recordar que, si el foco se pone demasiado lejos, tanto que se pierde de vista lo que está a nuestro alrededor, ya sea al conducir un coche o la Vida, el Conductor, el Viajero, peligra. Recordemos aquella anécdota que nos ha llegado a través de la Edad Media, cuando Aristóteles caminaba con uno de sus discípulos por los jardines del Liceo. El maestro se cayó en un pozo porque, en lugar de mirar el suelo que tenía delante mientras hablaba, no dejaba de observar las estrellas.

Podría enseñarnos esta reflexión que la vida tiene en el equilibrio su perfección. O dicho más proverbialmente: «Ni tanto ni tan calvo».

HIPNOS Y TÁNATO

Hipnos es el dios griego del sueño, y *Tánato*, el de la muerte, ambos hermanos gemelos nacidos de la *Noche*. Para los helenos, ambas realidades estaban íntimamente unidas, porque dormir es un poco como morir, una pequeña muerte que nos regenera y de la que regresamos con el alba del día siguiente. Y morir es como entrar en un sueño del cual –como explica elocuentemente Platón en *Defensa de Sócrates* y en la *República*–, el Alma despertará un día en una nueva reencarnación.

Sin profundizar en esta doctrina de la reencarnación, esencial para entender muchas de nuestras reflexiones, sí diremos que, en el mundo de la conducción, el sueño también es hermano de la muerte, y ésta ronda al viajero que conduce sin descanso. Se apresta a actuar cuando los párpados se cierran negándose a seguir el sano ritmo de la Naturaleza. Porque muchas veces, cuando el sueño deposita sus pesadas alas sobre el conductor temerario, la muerte se lo lleva a él, y a todos los que arrastra en su camino.

¿Quién no ha sentido el soporífero manto de la muerte cerniéndose sobre su cabeza, por conducir más allá de lo que la prudencia y el buen juicio aconsejan? ¿Quién no se ha cruzado en la carretera con las huellas terribles de accidentes provocados por el sueño? ¿Quién no conoce a alguien que lamenta y lamentará toda su vida, por su propia desgracia o por la de sus seres queridos, el no haber parado a descansar a tiempo, el no haber dedicado unos minutos a recibir el reparador sueño? Porque éste, querámoslo o no, siempre viene, y hemos de evitar que nos alcance; como hemos de evitar que nos alcance la Muerte, Tanatos.

UNA PEQUEÑA HISTORIA

Todo ocurrió muy deprisa.

Era inevitable.

Muchas horas al volante.

Cansancio.

Sueño.

Deseo de llegar a casa.

Kilómetro tras kilómetro, la larga lengua de la carretera se sumergía bajo una tupida colcha de nubes oscuras que, acompañadas de un furioso viento, estallaron en tormenta.

El aguacero se asemejaba al diluvio bíblico y muchos conductores, sabios o tan siquiera temerosos de la ira divina, aparcaron sus coches en los arcenes, esperando que los dioses de los rayos y truenos dejaran su tremenda batalla.

Pero el coche no paró.

Deseo de llegar a casa.

Sueño.

Cansancio.

Muchas horas al volante.

Era inevitable.

Dentro del vehículo una mujer y un niño dormían, exhaustos a causa del largo fin de semana esquiendo en las montañas, mientras el padre se pellizcaba muslos y brazos intentando mantenerse despierto. La cafeína ya no hacía efecto. La monótona sinfonía de las ruedas deslizándose en un mar de agua, el ronroneante rugir del motor y el rítmico aspaviento de los limpia parabrisas, creaban una soporífera cadencia que invitaba a cerrar sus enrojecidos párpados.

No quería parar. Habían salido del refugio de montaña demasiado tarde, y tenían que llegar a la ciudad a tiempo de coger un avión.

Pero la naturaleza no entiende de prisas, de vuelos, de horarios; ella tiene sus propios ciclos, sus propias reglas, y en aquel mismo instante, a las dos de la madrugada, era la hora de nubes que chocan contra nubes, de la lluvia desaforada, de vientos impetuosos, del frío; y a los dioses de los elementos, enfrascados en sus fatídicos juegos, les era ajena la suerte de los efímeros mortales.

Los rayos y el furor del vendaval despertaron un poco al conductor, e incluso a su esposa e hijo... pero no lo suficiente, porque... ¿era inevitable?

No lo vio.

El mastodóntico camión marchaba unos cien metros por delante, creando una furiosa y turbulenta estela que impedía la visión. Era como un tornado vertical que creaba una peligrosa zona de succión e impedía ver absolutamente nada. Entonces, de improviso, frenó y se dirigió al arcén derecho sin poner el intermitente.

Al conductor del coche no le dio tiempo a esquivarlo. Clavó instintivamente el pie en el pedal de freno, pero no sirvió de nada. La carretera era como un río de agua torrencial y no pudo controlar el vehículo, que se deslizó a ciento veinte kilómetros por hora contra el lateral derecho del trailer.

Giró el volante para evitar la colisión, pero fue peor. El turismo dio un brinco y volteó en el aire, sin perder la trayectoria, y cayó de nuevo contra el suelo produciendo un agudo estrépito al friccionar el techo de plancha contra el asfalto. Durante unos segundos todo se movió a cámara lenta, y cuando se produjo el impacto, la mala suerte quiso que éste coincidiera en el lugar donde estaban situados los bidones de gasolina, con más de doscientos litros.

La tremenda explosión cortó el vehículo por la mitad, lanzando la parte trasera al medio de la carretera, invadida por el agua, donde fue arrollada por otro vehículo. La otra mitad salió despedida hacia el campo cercano, envuelta en llamas.

En los dos asientos delanteros iban los tres miembros de la familia: El padre, intentando abrir el cinturón de seguridad de su esposa, y la madre, rodeando instintivamente a su hijo con sus brazos, en un ancestral impulso de protección. Pero... era inevitable.

El hombre murió en el acto, proyectado contra el borde del techo y el cristal delantero, justo cuando se soltó el cinturón; pero la madre y el hijo quedaron atrapados entre una cortina de fuego y una puerta rota, que no se abría. La madre aún tenía entre sus brazos a su hijo, protegiéndolo de las llamas, las que rodeaban por entero el coche partido, envuelto en la gasolina del camión que el accidente había derramado a diestro y siniestro. La pobre mujer, desesperada, encajonada entre las retorcidas planchas de metal, hizo de parapeto con su propio cuerpo, para evitar que la devoradora pira funeraria alcanzase al fruto de sus entrañas.

Allí, en aquella cárcel de fuego y metal, rodeada de una luz terrible en medio de la oscuridad de la noche, la mujer perdió lenta y tortuosamente la vida, con una sola idea en su mente, un solo pensamiento, un único pero desesperado deseo: Proteger a su hijo pequeño, salvarlo de la muerte. Pese al dolor, aquella mujer, aquella madre, murió salvando a su retoño, entregándole en ese último y terrible momento su mayor tesoro: la vida, como ya se la diera la primera vez.

Después vino mucha gente, trajeron extintores para apagar las llamas, los sacaron de la ruina metálica, pero ambos progenitores estaban muertos. A pesar de todo, en aquel lugar nefasto, un niño pequeño de apenas cuatro años aún vivía, indemne, con una sonrisa en la boca, como si él aún siguiera viéndola, tan esplendorosa como siempre, por más que se habían llevado el cuerpo. Sus pequeños ojos se mantenían fijos en un punto del firmamento, como si ella estuviera allí, negándose a ir al cielo.

Por las noches, en pesadillas sin fin, mi amigo, huérfano, aún ve a su madre, y a veces cree sentir su protector regazo, como si se

hubiese negado a descansar, como si se hubiese convertido en un ángel de amor, sacrificándose una y otra vez por su hijo. Solo una frase se repite como una tortura en su cabeza, día tras día, año tras año: «¿Era inevitable?»»

XXV

Antes aún que el cielo y la tierra
ya existía un ser inexpresable.
Es un ser vacío y silencioso, libre,
inmutable y solitario.
Se encuentra en todas partes
y es inagotable.
Puede que sea la Madre del universo.
No sé su nombre,
pero lo llamo Tao.
Si me esfuerzo en nombrarlo
lo llamo «grande».
Es grande porque se extiende.
Su expansión le lleva lejos.
La lejanía le hace retornar.
El Tao, pues, es grande y el cielo es grande.
La tierra es grande y también lo es el hombre.
En el universo hay cuatro cosas grandes,
y el hombre del reino es una de ellas.
El hombre sigue la ley de la tierra.
La tierra sigue la ley del cielo.
El cielo sigue la ley del Tao.
El Tao sigue su propia ley.
Lao Tse, *Tao Te Ching*

LA SOLEDAD

«Qué solos se quedan los muertos», escribe nuestro ilustre Bécquer, y qué solo se encuentra el conductor nocturno que, lejos de sus amados, viaja deslizándose por los ríos de la noche. Mientras las luces de la carretera lo deslumbran y el sueño le acecha, sus pensamientos le entretienen, o las voces de la radio amigable lo confortan.

Pensamientos fugaces, reflexiones extrañas que nacen y mueren en su mente en horas intempestivas; ideas ligeras o profundas que viajan con él y no lo dejan sólo, aunque sólo está en la pequeña cárcel que es el vehículo con el que circula.

Como solos vamos en realidad por la vida, con la carga de nuestros pensamientos, con el calor de nuestras ilusiones y con la tristeza de nuestros fracasos.

El Alma Peregrina camina por los campos de estrellas y nadie puede reemplazarla en su viaje.

LA CONCENTRACIÓN

Al conducir, el sentido más despierto que debe tener un conductor es la atención. De ella ya hemos hablado. Pero la atención, unida a la concentración, es el gran secreto para sobrevivir en la jungla del asfalto. Si la aderezamos con un poco de «hábitos firmemente asentados» y una pizca de «instinto de supervivencia», el cuerpo, el vehículo físico, el *sthula sharira* hindú estará alerta y podrá adelantarse a posibles conflictos.

En realidad la atención y la concentración son indispensables en cualquier faceta de la vida, y el dominio de estas virtudes era una de las primeras a desarrollar por la educación clásica y, sobre todo, en los Centros Iniciáticos de todos los tiempos. En Egipto, sin ir más lejos, la serpiente encrespada y atenta del tocado de los faraones simbolizaba una conciencia despierta, y en China, en los monasterios tipo Saholin, los discípulos se entrenaban para desarrollar esta capacidad como «base» de todas las demás. Recordemos, por ejemplo, aquel joven que llegó ilusionado al monasterio, esperando ser instruido en el arte del sable. Su maestro, entre otras «torturas inconfesables», iba por la noche y le golpeaba con un bastón, buscando conseguir que estuviera atento incluso en la cama.

TIEMPO DE MEDITAR, TIEMPO DE ACTUAR

Obrad activamente cuando sea hora de obrar, y entretanto esperad con paciencia que llegue esta hora. Colocaos en concordancia con el flujo y reflujo de los negocios de la vida, a fin de que apoyados en la naturaleza y en la ley y con la verdad y la bondad por faro, seáis capaces de obrar maravillas. La ignorancia de esta ley tiene por consecuencia alternativas de irreflexivo entusiasmo por una parte y de abatimiento y desconsuelo por otra, siendo así el hombre esclavo de la marea de la vida cuando debiera ser su dueño.

H.P. Blavatsky, *Ocultismo Práctico*

Cuando conducimos, en ocasiones nos encontramos con túneles. Entonces desaparece la luz y nos sumergimos en la oscuridad; incluso, si hay mucha luz fuera, por un momento nuestros ojos se cierran hasta que se acostumbran a la pobre claridad del interior. A veces nuestro vehículo se sumerge bajo unas negras nubes que poco antes no existían, las que nos envuelven con su niebla, su frío, y, tal vez, con desgarradores truenos e insistente lluvia.

Cuando conducimos, estas y otras inclemencias aparecen interfiriendo nuestro viaje. Si el conductor es experimentado, sabrá cómo reaccionar de la manera más adecuada en cada momento: colocará cadenas en las ruedas cuando haya nieve, aminorará la velocidad en las curvas para no derrapar si el suelo está resbaladizo, etc.

Del mismo modo, siguiendo nuestro método comparativo inspirado en la Sabiduría Tradicional, podemos apreciar que en la vida del Peregrino surgen, de cuando en cuando, nubes tormentosas que lo inundan de depresión, túneles de los que cree que nunca saldrá ni verá la luz, o largos períodos nevados que le impiden avanzar. Pero, del mismo modo que el conductor tiene la seguridad de que el túnel o la tormenta son circunstancias pasajeras, que tienen un final, el Peregrino debería entender que lo mismo ocurrirá con sus problemas, que son sólo transitorias desgracias ante las que hay que tomar medidas, pero no hundirse.

Es posible que si llueve a mares u océanos tenga que reducir la velocidad o incluso parar en el arcén, esperando que amaine la parte más ruda de la tormenta. Pero en todo momento, el conductor sabe que la situación es pasajera; se adapta a la ocasión, tomando las precauciones adecuadas.

Cuando se adquiere esa visión trascendente, al igual que el conductor dice: «Vaya, menuda tormenta se nos viene encima», o «¡en qué zona de curvas entramos!», el Viajero debería poder decir lo mismo: «Bueno, otro problema en el horizonte, vamos a prepararnos». Y aprovechar esos instantes para, incluso en los períodos más oscuros de la vida, reflexionar, meditar, sacar provecho del nuevo periodo vital. Es nuestra experiencia que se aprende más de las crisis y momentos oscuros, que de los luminosos.

En el hermetismo existe un axioma que dice: «Hay unos momentos para actuar y otros para esperar». Cuando hay que actuar, se actúa, y cuando hay que esperar, se espera; obvio. Pero de nada sirve actuar cuando es el momento de esperar, puesto que no se podrá adelantar prácticamente nada. Es decir, es de sabios comprender en qué momentos de la vida nos encontramos y actuar en consecuencia. El conocimiento de los Ciclos, hoy popularizado con el concepto de «biorritmos» o, incluso, «cronobiología», entiende que hay determinados instantes del día, de la semana, del mes y del año, más adecuados para cada actividad: Estudiar, dormir, practicar deporte, meditar, hacer el amor..., y conocer esos ritmos y adaptarse a ellos es de sabios, más todavía en nuestro eterno ejemplo de la conducción, para, como dice la frase del inicio, que el hombre no sea esclavo de «la marea de la vida».

En Oriente, aún hoy, los monjes budistas, cuando arrecia el monzón y llega la época de las lluvias, se refugian en el monasterio del que han estado ausentes el resto del año predicando la doctrina del Buda; allí estudian y meditan. No lo toman como una desgracia, sino como el lógico devenir cíclico de la naturaleza. Cuando amaina el monzón, salen de nuevo a «sembrar» las enseñanzas del Maestro.

EL MANTENIMIENTO DEL UNIVERSO

Cuando nos preparamos para un viaje en coche, lo primero que hacemos –o deberíamos hacer– es revisar el estado del vehículo: la presión de las ruedas, frenos, batería, radiador... Aunque ésta es una tarea que repetimos cada cierto tiempo.

En el instante que un coche sale del concesionario y pisa la carretera, lo hace con un tiempo de vida previsto. En realidad cada pieza que lo conforma tiene su propio ciclo de vida, y no coincide necesariamente con el del resto. Debido al uso, las piezas se desgastan, envejecen; los neumáticos pierden presión, el aceite se degrada, las bujías se consumen, las bielas se rozan... Por eso el buen conductor comprueba periódicamente el estado de su coche, lo chequea. Esto es importante para el buen funcionamiento del vehículo.

Utilicemos este símil para comprender algo de la visión que del Hombre tiene la Sabiduría Tradicional. Es cierto que, como hemos mencionado, considera al Hombre como un Alma que posee un cuerpo, pero eso no significa que debemos «abandonar el cuerpo para centrarnos en el Alma». Es decir, al igual que el coche, el cuerpo humano necesita periódicas revisiones, necesita consumir el carburante que proporcionan los alimentos, necesita calzado que amortigüe las irregularidades del camino, ropa que lo abrigue, tomar calcio y vitaminas para mantenerse fuerte, hacer ejercicio para estar en forma, y «cosas peores»...

Un coche, evidentemente, no puede engordar, pero no le meteríamos más aceite del que marca la conocida varilla, o más gasolina de la que cabe en el depósito. Habría que seguir ese ejemplo con el hombre, no sobrealimentarlo, por ejemplo, no forzar la maquinaria, para que pueda cumplir, igual que el coche, su función.

Sin embargo, hay matices. El coche puede pasar un chequeo, la ITV por ejemplo, que siempre es físico, pero el hombre debería pasar también chequeos psíquicos, emocionales, mentales y espirituales. La misión de un vehículo, su *dharma* que dirían los hindúes, es transportar gente y mercancías de un sitio a otro. Podemos adornarlo, ponerle el mejor equipo de música, la más extravagante tapicería, los más sofisticados inventos tecnológicos, antenas, reproductor de DVD, asientos-cama, bar, juegos, un casino, etc., pero su tarea principal es, simplemente, llevarnos de un lado a otro. Del mismo modo, el hombre tiene su *dharma*, su tarea, su misión en la vida, la cual no es tan fácil de discernir como la de un coche –lo que no significa que no la tenga–, y, al igual que el coche, debe estar en perfecto estado –hasta donde se pueda– para realizar con eficacia su misión.

Esto tan aparentemente sencillo es uno de los temas más discutidos en la historia de la mística, de las religiones y sus infinitas sectas, por el que muchos hombres, incluso, han muerto. No nos referimos a la misión del hombre en la vida, cosa hartamente difícil de conocer y constatar, sino a lo referente al cuidado del cuerpo.

En todas las culturas y religiones los santos, videntes, yoguis, sacerdotes, místicos, etc. han perfilado de forma diametralmente distinta esta cuestión, desde los que han despreciado el cuerpo de forma tan brutal como para no darle de comer, ni lavarlo, ni cortarle las uñas o el pelo, considerándolo pecaminoso, pasto de los gusanos, engendro del diablo; hasta los que lo han puesto en un altar y no reparan en mimos y cuidados, el *santo de los santos*, el templo del alma. En Alejandría, por ejemplo, Plotino perdió amistades porque su desprecio del cuerpo le impedía lavarlo y perfumarlo, e incluso murió a causa de una infección. Epicuro, en cambio, predicaba la «ataraxia», en la que los sentidos debían ser saciados; y no hablemos de los hedonistas. La felicidad a través del rechazo del cuerpo o la felicidad colmando sus apetitos.

Con el ejemplo del vehículo y su cuidado creemos que está clara la opinión de los autores: «Equilibrio». Aunque uno de ellos se siente más atraído por la filosofía epicúrea que la neoplatónica, y muy alejado, por supuesto, de la estoica. Es evidente que no vamos a desvelar el misterio.

LA ENERGÍA

Entra dentro de lo posible que una persona que va de viaje en su coche no lleve dinero suficiente para ponerle gasolina o, a lo peor, no haya previsto lo lejos que se encuentra la próxima gasolinera y se quede sin combustible. Y claro, si no hay gasolina el coche no se mueve, a no ser que lo empujemos nosotros, por supuesto, o incautos viandantes. Salvo las excepciones que se explican en otra reflexión, normalmente las cosas son así: Si no hay gasolina, el coche no se mueve; si la batería se agota, no arranca.

Sin embargo, en este caso concreto, en esta reflexión –y que no sirva de precedente–, queremos destacar que lo que le ocurre al coche no es lo mismo que lo que le puede pasar a un hombre. De una forma más o menos invisible, nuestra energía, la que denominan *Prâna* los hindúes, es mucho más amplia que lo que acumulamos con la comida o extraemos del aire y el agua.

A veces el Hombre realiza proezas increíbles, extrayendo energías de no se sabe donde. Una madre, por ejemplo, puede pasar muchas noches prácticamente sin dormir ni comer, cuidando a su hijo, venciendo el cansancio. Un soldado, por salvar a un compañero, puede soportar el ardor de una herida o el derramamiento de sangre. ¿Cuántos padres no trabajan día y noche, superando el sueño y el desaliento, por sacar adelante a su familia? ¿De dónde extraen la fuerza? ¿De dónde sale la energía? Evidentemente, esto una máquina no lo puede hacer, ¿o sí?

Desde nuestro punto de vista lo importante es poder comprender que el Ser Humano está envuelto por la Naturaleza, está rodeado e inmerso en lo que los neoplatónicos denominaban el Alma del Mundo, imbuido en el Alma de la Tierra, y conectado por lazos invisibles con la energía telúrica que todo lo llena, una energía inabarcable.

En un coche, cuando se agota la gasolina del depósito se empieza a consumir la de reserva. En el hombre ocurre lo mismo, sólo que en el hombre el depósito de reserva es inmenso. Es la «Fuerza» de la Guerra de las Galaxias. Cómo llegar a la Fuente no es un misterio. Existen técnicas que ayudan a «conectarse» con la «central eléctrica» del Universo. Y aún sin conocer estas técnicas, un ser humano, en un momento concreto de necesidad, sólo por su fe, amor o voluntad, puede obrar maravillas.

LA VIDA EN TODO

¿Existe la Suerte? Tal vez lo que llamamos suerte solo sean casualidades, pero, ¿siempre? Algunas veces nos han ocurrido cosas curiosas. Por ejemplo, en una ocasión al coche se le pinchó una rueda prácticamente «en la puerta» de un taller de recambio de neumáticos (si pensáramos maliciosamente, nos podríamos preguntar si no fue el mismo taller quién puso clavos en la calzada). En otra ocasión, terminado un trabajo, el coche se estropeó curiosamente al acceder a «la misma calle donde vivimos». Otra vez, a la moto se le acabó la gasolina, justamente «a pocos metros de la gasolinera». Un ejemplo más, otro día una rueda pinchada tuvo el detalle de deshincharse poco a poco, dando tiempo para llegar al taller.

Suerte, ¿no es cierto? ¿Qué si no? Sin embargo, la Sabiduría Tradicional ante estos hechos piensa de forma muy distinta. Considera que nada en el Cosmos sucede por casualidad, que la existencia en conjunto tiene su razón de ser. Otro de sus postulados es que todo está vivo y en todo hay vida. Afirma existen los ángeles guardianes de la tradición cristiano-católica, o los duendes que los hombres y mujeres del campo todavía reconocen que habitan las casas y bosques.

Para un hombre con una visión mágica de la vida, como eran, por ejemplo, los pieles rojas americanos, un coche o una moto no es una simple mole de hierros, tuercas, aluminio y plástico. No es que considere que está vivo como un animal o una planta, pero sí cree que tiene una vida inteligente y que, por lo menos, «siente», tal vez en un estado de conciencia muy primitivo, pero siente.

Jung –volvemos a hablar de él–, construyó al final de su vida una torre donde, entre otras estancias meramente prácticas como la cocina, tenía una sala de meditación. Allí pasó sus últimos días en enriquecedora soledad. Pero cuando invitaba a alguien a su morada –algo poco habitual–, se detenía antes en la puerta y le advertía: «Saluda a los objetos y da las gracias a aquellos que utilices. Ellos lo agradecen».

Del mismo modo, consideramos que cuando un coche se estrena, un barco se bautiza o se inaugura una casa, de una forma un tanto misteriosa se crea lo que los esoteristas denominan un «Elemental» y los hindúes un *Deva*, un ser invisible que estará ligado al objeto en el que nació y que nos será propicio en la medida en que lo cuidemos.

Si alguna vez ves a alguien hablando a su coche, no te rías y tómalo como lo más normal del mundo. Y al tuyo, háblale con cariño, lo agradecerá.

XXVI

Lo pesado es la raíz de lo ligero.

La calma somete a lo agitado.

Así, el sabio cuando viaja

no se aleja de la caravana.

Aunque pueda disfrutar de las cosas más excelsas,
conserva su paz y se hace superior.

¿Cómo el dueño de diez mil carros
puede obrar con ligereza en el imperio?

Quien se comporta ligeramente
pierde la raíz de su poder.

Quien se ofusca,
se pierde a sí mismo.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LA FUERZA DEL PENSAMIENTO

En cierta ocasión nos contaron lo siguiente. Había un conductor que tenía tanto pánico a salirse de la carretera y chocar con los postes de la luz, tanta era su obsesión, que al final eso fue lo que le ocurrió.

No es un caso aislado. Hay conductores que conducen con miedo, temen que frene el de delante, o que alguno salga por la derecha y le golpee. Como en el caso mencionado, la fijación en el posible peligro es tal, que llena toda su mente, de modo que termina dirigiendo allí el coche. Ergo, si pusiera su atención en el centro de la carretera, eso no pasaría. ¿Cuántos accidentes no son más que la concretización de los miedos del conductor, como si con su actitud atrajera precisamente lo que teme?

En la vida ocurre lo mismo y la Sabiduría Tradicional nos dice: «Uno atrae aquello que teme o desea». Es decir, que pensando, recreándose en un mal, ese mal es atraído, y viceversa. La psicología ha estudiado este fenómeno. Reconoce que el miedo anticipado crece en la mente del hombre de modo que queda prácticamente paralizado en el momento de actuar. Aquel que piensa: «Me odian, no me quieren, me critican a mis espaldas, etc.», adquiere unas actitudes de desconfianza, malas caras, o incluso realiza determinadas acciones concretas, que obligan a los que están a su alrededor a comportarse como imaginó el enfermo. Al contrario, el hombre que sonrío a los demás, les escucha, les ofrece simpatía y compasión, recibe lo mismo de ellos, salvo pocas excepciones.

Hay aquí todo un principio hermético, utilizado, no sólo por las filosofías de las que tan bien hablamos, sino por la magia, y que en esencia es el principio de la teurgia practicada por los neoplatónicos: «Lo semejante atrae a lo semejante». Una interesante Ley de la Naturaleza sobre la que aconsejamos meditar.

APRENDER DE LA VIDA

Todos hacemos planes. Nos levantamos con la agenda pletórica de tareas a completar. Pero, ¡vaya!, cuando llegamos con el coche al cruce «x» en la hora «h», nos encontramos con el típico atasco que empieza a comer segundos, minutos y tal vez horas, alterando nuestra planificación y obligándonos a echar mano, si no de serenidad, sí del asiduo teléfono móvil con el que intentaremos reconstruir el *planing* diario.

Desgraciadamente, en el Camino de la Vida también se presentan atascos que alteran las circunstancias y que nos obligan a reformular nuestros planes. Quizá por culpa de un accidente un niño pierde a su padre, o una mujer a su esposo. A partir de ese momento, ese niño o esa mujer sufrirán un «ataasco», por llamarlo de alguna manera, que cambiará drásticamente el resto de su vida.

Entre un «ataasco» de coche y la «tragedia» que utilizamos de ejemplo, hay una diferencia de grado, pero no de esencia. ¿Qué es una enfermedad sino un «ataasco» que nos impide hacer lo que habíamos previsto? ¿Qué un despido, un desaire amoroso, o un terremoto?

Para la Sabiduría Antigua, todos estos acontecimientos son fruto del *Kharma*: la reacción a una causa producida en este mismo instante, o años, o reencarnaciones atrás. Puede ser la justicia compensatoria de un sufrimiento provocado a otro, es posible que haya llegado el momento de aparcar el «vehículo» y descansar, o una prueba que la vida colocara en nuestro camino, para superar una característica personal. Pero en ningún caso es fruto del azar ni de una Naturaleza caótica, o del voluble criterio de un dios jugueteón, cuando no cruel.

Los sabios antiguos consideraban que todo lo que nos ocurre, además de formar parte del encadenamiento de causas y efectos, son «ejercicios», «pruebas» de los que aprender y extraer conocimiento. Es como si, al entrar en el Mundo, en realidad hubiésemos entrado en un tatami de karate, en un lugar de aprendizaje.

Se crea o no en esta visión mágica de la vida, tomar las desgracias como ejercicios de aprendizaje es, a nuestro entender, la forma más inteligente para enfrentarlas. Analizar dónde pudimos equivocarnos, qué enseñanzas extraemos de la tragedia, superarla; e intentar que no vuelva a suceder en el futuro. Tomado así nos hace más fuertes.

CORTESÍA

Va por delante un coche que, de improviso, sin poner el intermitente, gira a la izquierda. Nosotros, a la vez que nos acordamos de toda su familia, nos vemos obligados a frenar bruscamente e intentar no salirnos del carril por el que conducimos. Un poco más adelante, otro coche, que no es retenido por ningún vehículo que vaya delante, conduce a 10 Km./h., deteniendo al resto de conductores. Cuando conseguimos adelantarlo descubrimos que el «tío», ajeno al mundo que le rodea y al movimiento de las galaxias, tan feliz, está hablando por el móvil –que no «con» el móvil–. Se le ve concentrado, atento –eso sí–, pero no en el tráfico y en las consecuencias de su actitud.

Esta forma de comportarse puede tener muchos nombres –algunas impronunciables en un libro de estas características–, pero para nosotros es: falta de cortesía.

El Sr. Pascual, un gran amigo y un caballero, ya fallecido, nos decía: «Si quieres conocer a una persona, ponla al volante». Y es cierto.

Las buenas maneras, las reglas de convivencia son, como dijo alguien: «El aceite de los rodamientos sociales». Si uno va por el mundo pensando en sí mismo y olvidando a los demás, está rompiendo, no solo una regla social, sino Universal, porque, según la Tradición Esotérica, la Humanidad evoluciona en grupo, asciende en común esfuerzo la Montaña de la Sabiduría.

Cuando conducimos, aunque alguno no termine de creerse, no estamos solos, hay más coches y más conductores a nuestro alrededor. Un coche ocupa un espacio en la carretera y un hombre ocupa un espacio en la sociedad. En la vida tampoco estamos solos, otros ciudadanos se interrelacionan con nosotros. Cuanto más cerca tenemos a otros hombres más interrelacionamos con ellos y viceversa.

En estos dos niveles hay un punto común muy importante: la cortesía. La cortesía es, en esencia, el arte de la convivencia, el aceite que permite que todo ruede sin demasiadas fricciones, la herramienta ideal para que cada uno pueda encontrar su felicidad sin quitársela a otro.

Las normas de cortesía son fundamentales al conducir: Dejar que cruce una anciana, respetar el límite de velocidad al pasar por un pueblo, no abusar del claxon, apartarse para que otro que va más rápido pueda adelantarnos, indicar con el intermitente nuestras maniobras para avisar a los que tenemos alrededor, etc. En definitiva, a la vez que normas eficaces para organizar el tráfico, la reglamentación, el código de conducir es, en definitiva, unas normas de cortesía, que, respetadas y cumplidas, hacen más fluido y llevadero el diario conducir-vivir.

AUTOPISTA A LA META

*Nuestro Destino no es pudrirnos en la Tierra,
nuestro Destino es alcanzar las Estrellas.*

José Rubio

Cuando tenemos que llegar a un lugar situado, por ejemplo, a más de cien kilómetros de distancia, normalmente tenemos diversas opciones de caminos para elegir, pero suelen ser, en realidad, dos: la carretera nacional, pública, y la autopista de peaje, privada.

La carretera nacional es gratis, pero se tarda más en llegar, por múltiples motivos: como caravanas, densidad de tráfico, camiones que no te dejan adelantar, pueblos en los que tienes que reducir la velocidad, curvas, montañas, etc. En la autopista, en cambio, si bien hay que pagar un precio para poder circular por ella, compensa por la rapidez y seguridad que ofrece; llegas antes, en mejores condiciones, y con menos desgaste de coche.

Este ejemplo nos da pie a comentar el proceso alquímico.

Para los hermetistas, la alquimia era, «es», entre otras muchas cosas, la Ciencia de «acelerar» la Evolución. Tomando como ejemplo el carbón, el alquimista, gracias a métodos espagíricos, conseguía en pocos días convertirlo en diamante. En realidad, el diamante, en la naturaleza, es la culminación de un largo proceso en el que, después de milenios, se transformará el carbón; el alquimista sólo acelera el proceso.

La Tradición Hermética contempla la Naturaleza y al Ser Humano, y lo ve inmerso en espirales evolutivas que van desde lo más burdo a lo más perfecto. Para esta Ciencia, lo que ocurre con el carbón –que está predestinado a convertirse en diamante–, es lo mismo que le debe suceder a todos los seres. De alguna forma, difícil de explicar en pocas palabras, la Naturaleza ya tiene el molde final en el que cada ser se convertirá, y el Hombre no escapa a este dictamen. Su Destino en la tierra es llegar a ser más grande incluso que los hombres eminentes, genios y héroes que llenan la historia; en definitiva, convertirse en dioses: «Dioses sois y lo habéis olvidado». Lo dijo Jesús, y Platón, Plotino, Heráclito... nosotros solo lo repetimos. Y si no dioses, sí al menos Hombres Perfectos.

Lo que recalca la Tradición es que hay dos métodos para llegar a la meta, uno es lento, plagado de dificultades –equivalente a la carretera nacional–, y otro es rápido, el que obliga a pagar un precio de sacrificio, de dedicación, de esfuerzo, pero que le permite al Ser Humano llegar antes y en mejores condiciones al final del Camino.

XXVII

Un buen caminante no deja huellas.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LOS PRECURSORES

Viajamos por la carretera en un día soleado. De pronto, a nuestra derecha, fuera de la calzada, una plancha de metal pintado nos indica que se acaba la autovía. Un poco más adelante otra nos dice que nos aproximamos a una curva muy cerrada; una tercera nos avisa de peligro por desprendimientos; una gasolinera a cien metros; un hostel... Son las señales de tráfico, de las que ya hemos hablado, pero a las que se le puede sacar alguna reflexión más.

En este caso, lo interesante es constatar que, para que esas señales estén ahí, alguien tuvo que desplazarse hasta el lugar, observar los alrededores, cotejar las posibles incidencias y elegir la o las indicaciones más adecuadas. Llegó, vió y... pensó en los que vendrían detrás: Todos nosotros.

De la misma forma, ¿qué son las enseñanzas de los grandes maestros espirituales, místicos y filósofos, sino los consejos sobre el Camino, sus guías *Campsas* de los mejores restaurantes, paradores o monumentos que ellos ya han visitado?

En sus máximas, reflexiones y observaciones sobre el mundo del Alma, sobre el peregrinar humano, está destilada la sabiduría de la experiencia. Sólo hay que leer el *Evangelio* del Budha, o de Cristo, los *Diálogos* de Platón, los *Pensamientos* de Marco Aurelio, o los *Versos Áureos* de Pitágoras para darse cuenta.

Ni estamos solos, ni somos los primeros.

EL ARTÍFICE Y SU OBRA

Viajando, en ocasiones hemos contemplado la ladera de una montaña, rodeada de un paraje inhóspito, y hemos descubierto grupos de piedras colocadas inteligentemente. Alrededor de ellas no hay huellas humanas y, aparentemente, todo parece virgen, impoluto. Sin embargo, podemos deducir con extrema exactitud, que en algún momento un hombre estuvo allí, trajo o movió las piedras, las levantó, las situó una encima de otra con un propósito desconocido para nosotros y las dejó ahí, marchándose, tal vez para siempre.

Vemos la obra del hombre, pero no al hombre.

Luego, con la velocidad que el vehículo impone, todo eso queda detrás y seguimos por esos mundos de Dios viajando, navegando, tal vez bajo un manto de estrellas. Miramos al horizonte y contemplamos el Sol, que nuevamente se levanta en su eterno y cíclico recorrido estelar, y nos preguntamos: ¿quién colocó allí el Sol? ¿Quién le dio movimiento y trazó su ruta tan perfecta, tan sabia, por la que gracias a ella todos vivimos?

En esos momentos intuimos que, al igual que las piedras amontonadas inteligentemente son vestigios de la acción del hombre, el Sol y la armonía celeste es vestigio de que alguien, una Inteligencia Cósmica –¿Dios?–, hizo lo mismo con todo lo que nos rodea.

Observamos el ritmo que permite la división del tiempo en segundos, minutos y horas; las estaciones en las que los cambios de clima benefician a unos u otros cultivos; la impenetrable materia con sus átomos y moléculas que fundamentan la manifestación de cualquier estructura; la cadena de ADN... y tantas otras maravillas. Vemos, en definitiva, que una Inteligencia Superior a la humana rige el Cosmos. No es caótico ni improvisado, está planificado hasta el nivel subatómico.

En realidad, creemos que es muy fácil darse cuenta de que Dios existe, nos lo imaginemos como nos lo imaginemos y lo llamemos como lo llamemos.

EL HOMBRE DENTRO DEL VEHÍCULO

Cuando conducimos atravesamos cruces de carreteras, túneles, puentes; nos sumergimos en autovías con varios carriles, o nos encerramos en calles unidireccionales. Adelantamos o nos adelantan, vemos venir un coche con una carrocería imponente, familiar o deportivo, pequeño o grande, cargado de bultos o ligero de equipaje. En definitiva, es la vida y son los hombres que reflejan en los coches sus propias inquietudes, deseos, idiosincrasias, ilusiones.

Vemos cruzar un mercedes y pensamos que el hombre que va dentro es alguien con cierto nivel adquisitivo. Detrás, tímido e intentando pasar desapercibido, se desplaza un coche más humilde. Otro lleva un deportivo, otro un todo terreno, otro uno familiar. ¿Por qué compramos este o aquel coche? ¿Por necesidad? ¿Porque nos lo exige el trabajo o nuestra forma de vida? ¿Porque queremos demostrar algo? Un amigo se compró un coche porque pensaba que, llevando uno de esa marca, todos le respetarían. Otro se lo compró porque creía que ligaría más. Sabemos que muchos lectores desean conocer esas marcas con desesperación, pero comprenderán que no podemos hacer publicidad. Aunque, todo hay que decirlo, ni a uno lo respetaron ni el otro ligo más.

Cuando observamos y juzgamos, por mediación de un fenómeno psicológico arraigado en el ser humano, nos olvidamos de nosotros mismos y pensamos estar fuera del juego; pero lo mismo le pasa a todos y cada uno de los que viajan y se cruzan con nosotros por las carreteras de la vida. Todos miramos a todos, y juzgamos, llevados por las engañosas apariencias.

Dentro de cada vehículo, sin embargo, hay un hombre, un Ser Humano, con las mismas inquietudes, temores y deseos que nosotros. En realidad, el piloto que conduce un boeing deslizándose entre las nubes, o el astronauta que levita en su nave espacial girando alrededor de la Tierra, es un Hombre, con sus defectos y virtudes, lleva consigo, indefectiblemente, su maleta de sueños y anhelos, pero con la innata sensación de grandeza de pertenecer a la raza humana.

Lo mismo ocurría antaño en la vieja Roma. Cuando leemos a los clásicos criticar a los jóvenes, que corrían con sus carruajes a quince o veinte kilómetros por hora, nos damos cuenta de que no ha pasado tanto tiempo, o de que no somos tan diferentes. El auriga que conducía su cuadriga por las calles empedradas de Roma, es el mismo Ser Humano que el operario que se dirige al trabajo con su «cien caballos». Ambos van musitando sus pensamientos mientras conducen y se enojan con el que los adelanta con brusquedad, o silban a una chica bonita.

Cuando, en un instante fugaz, un coche cruza suficientemente cerca de nosotros, vislumbramos entre los reflejos de los cristales un rostro. Antes sólo veíamos una carrocería, pero ahora observamos la expresión y los ojos de ese compañero de viaje de la Vida. Es sólo un instante, porque luego seguirá en dirección contraria a la nuestra, o se desviará por un lateral alejándose de nuestro camino. Más allá, en la meta, en el puerto al que cada uno se dirige, le esperará una familia, un amigo o un amor, con sus vidas hechas, con sus penas y alegrías, y nosotros con las nuestras.

Pero todos viajamos y navegamos por las mismas carreteras cósmicas.

LA MUERTE, FIEL COMPAÑERA

La muerte es la eterna e invisible compañera del hombre. Unos se la imaginan como un ser tenebroso y oscuro, armado con una guadaña, que se sumerge en la sombra de la víctima y espera hasta el momento en el que debe segar su vida. Otros la describen como una bella dama que, envuelta en vestidos luminosos, consuela y acompaña nuestra trémula Alma a la «luz del día». Lo cierto es que, la imaginemos como la imaginemos, está siempre cerniéndose sobre nosotros, y especialmente sobre el conductor que, relajado y tranquilo, coge el volante y se dispone a viajar por las inacabables carreteras.

Oímos decir: «En este fin de semana murieron el año pasado tantas personas, y este año es factible un número similar, o, si tenemos suerte, gracias a las campañas de publicidad agresiva o a la implantación del carné por puntos, un 0,5 % menos». Terribles estadísticas, porque, uno o mil, esos días, está escrito, morirán hombres y mujeres, dejarán sus sueños, deseos, metas y responsabilidades; estrellados contra otro coche o rodeados de su propia sangre en el frío asfalto.

¡Qué triste y terrible predicción!

Lo cierto es que la muerte nos sigue aunque estemos dentro del coche, pero podemos distinguir entre la muerte «natural» y la muerte «estúpida». Aunque la muerte siempre es la muerte, la muerte natural no la buscamos, te sorprende sin previo aviso, pero la muerte estúpida es el resultado de provocar a la vieja dama: conducir bebido, superar los niveles de alcoholemia, ir drogado, excesivamente cansado, no respetar las señales, presionar a los otros conductores, y más estupideces que solemos cometer. En esta categoría incluimos la conducción temeraria, el tentar a la «suerte» no cuidando el coche, forzando el periodo de conducción más allá del cansancio excesivo, etc. Es decir, provocando a la Vieja Dama. Y ésta, no siempre pues no es tan estúpida, pero a veces va y responde.

La muerte es la muerte, y ésta llega, nos dice la Sabiduría Antigua, cuando toca, según el Kharma de cada uno. Pero esta misma Tradición advierte de que existe el mencionado «Kharma de Estupidez», es decir, que muchas cosas que nos ocurren son el resultado de actitudes inconscientes, hasta irracionales diríamos nosotros, no previstas ni tan siquiera por los Señores del Karma, aunque parezca una contradicción.

XXXII

El Tao, en su eternidad, carece de nombre.
Aunque mínimo en su unidad,
el mundo no puede contenerla.
Si los príncipes y los reyes
pudieran permanecer en el Tao
todos los seres se les someterían.
El cielo y la tierra
se unirían para llover dulce rocío
El pueblo, sin gobierno
por sí mismo se ordenaría con equidad.
Cuando en el principio se dividió, dando formas
a todas las cosas,
tuvo nombres.
Con los nombres supo contenerse,
y así, no corre peligro.
El Tao es al universo
como los riachuelos y los valles son respecto a los
ríos y al mar.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LOS CAMINOS DE ENERGÍA

En la tradición hindú se habla de *Siddhis* (poderes). Son ciertas capacidades que algunos hombres poseen, como el Budha: la capacidad de obrar actos maravillosos, ajenos, aparentemente, a todas las reglas racionales y científicas tal como las entendemos hoy en día. Un hindú que observase los milagros del Cristo, diría que fueron hechos gracias a sus *siddhis* o poderes.

Pero esta palabra tiene más acepciones. Considera que los *siddhis* son «caminos», no exactamente la energía, sino el camino por el que circula esa energía. La acupuntura, por ejemplo, nos habla de las líneas de energía Ying y Yang que recorren nuestro cuerpo, de cuyo equilibrio, nos dicen, depende la salud. Cuando los acupuntadores clavan sus agujas metálicas en los meridianos, sintetizando al máximo esta técnica, lo que hacen es canalizar la energía, regando la parte del cuerpo que está enfermo, o restableciendo el equilibrio general.

Funciones parecidas tienen las venas y arterias, que recorren cada centímetro del organismo llevando la energía y permitiendo la vida. Los impulsos del corazón empujan la sangre, que sigue un ritmo estrechamente relacionado con la respiración. El corazón late y con él la vida.

Así mismo, siguiendo la inefable Ley de Analogía, las carreteras y autopistas se asemejan a ese entramado de caminos de energía que inundan nuestro cuerpo, llevando alimentos, productos, gente, de un lado a otro de la nación, y permitiendo que todo respire, circule, se mueva. Son los *siddhis*, los Caminos de Luz que obran la maravilla de que la civilización avance.

Los antiguos pensaban que la misma Tierra, Gea, la Gran Madre, está recorrida a su vez por venas de energía telúrica, que viajan por su superficie y que se cruzan en puntos efervescentes de poder, donde, precisamente, construyeron sus templos. Lugares especiales en los que la Naturaleza aúna sus esfuerzos para crear ambientes cargados de poder. Los sacerdotes romanos, conocedores de estas líneas de energía y de estos lugares mágicos situados en los cruces telúricos, supieron encontrar los afluentes de aguas termales, algunos de los cuales aún utilizamos.

Pero vayamos más lejos, para algo los dioses nos dieron la chispa de la Inteligencia; recordemos a Prometeo.

Los antiguos, con su vocación mística, decían que el Cielo, esa bóveda misteriosa que nos rodea y envuelve, ese profundo e inmenso abismo, está surcado por caminos estelares, por *siddhis*, ríos de energía que se desplazan a impulsos; los impulsos emanados de corazones cósmicos que unen soles y planetas, y que también unen nuestras pequeñas vidas con la Gran Vida del Universo. Nuestro planeta, el sistema solar y aun nuestra galaxia, viajan por caminos estelares hacia un lugar incierto. No conocemos aún el destino último, pero hacia él pereclitamos.

LAS CALZADAS ROMANAS

A veces no nos damos cuenta de cómo el pasado pervive inmerso en el presente y cuánto le debemos.

Cuando nuestro coche desgasta los neumáticos sobre el asfalto de las carreteras, normalmente no somos conscientes de que, debajo de muchas de ellas aún reposan las piedras trabajadas, de las «curvas» calzadas romanas; y que su itinerario sigue el mismo trayecto que trazaron los antiguos latinos. Por toda Europa, norte de África y parte de Asia, los cerca de 700.000 Km. de calzadas que los romanos construyeron asemejan un entramado, una red vial, que aún hoy es la base de nuestras modernas carreteras y autopistas.

Los ingenieros romanos, lucidamente prácticos, eligieron las rutas más cortas entre dos puntos, y sólo alteraron la naturaleza en aquellos lugares donde se resistía al impulso humano. Era más fácil taladrar una montaña o elevar un puente, que desviarse durante kilómetros y kilómetros. Los disciplinados y estoicos soldados cogían sus herramientas y atravesaban las entrañas de la montaña indómita, llenaban de piedras y tierra el pestilente pantano, o levantaban piedra a piedra espléndidos puentes, para que la civilización siguiera adelante. Gracias a esas calzadas, después de una temerosa Edad Media, los comerciantes dieron vida a una nueva Europa, llevando su energía por las redescubiertas vías del fallecido Imperio.

Pero al mismo tiempo, ¡cuánto nos separa de ellos! Los romanos construían, sobre todo su *opus publicus*, pensando en la Eternidad y, después de 2.000 años, aún pisamos sus calles y cruzamos sus puentes, muchos de los cuales se levantan en parajes indómitos, orgullosos de sobrevivir al paso del tiempo, e imperturbables de tanto que han visto. En cambio, nuestras carreteras se deshacen levantándose el asfalto, y en nuestros puentes de hormigón se asoman las varillas de hierro oxidado, como huesos que se abren en las sangrantes heridas, rodeados de fisuras, que denotan su próxima defunción.

Nuestras carreteras están creadas para durar cincuenta años, y las romanas miles. La civilización clásica aún nos acompaña y los valores clásicos perviven orgullosos y serenos, mientras miles de hombres se conforman con una pseudo cultura y un pseudo barniz de hombre civilizado.

Estamos muy cerca de los antiguos y, a la vez, muy lejos. Vivimos en muchas facetas de nuestra vida, como alguien dijo, a «lomos de gigantes».

LOS QUE SUFREN

Nos acercamos a un supermercado. Elegimos y metemos unas hortalizas en nuestra bolsa de la compra, unas naranjas, aceite, algo de arroz, carne. No nos cuesta esfuerzo, alargamos el brazo unos centímetros y depositamos el producto en la cesta. Sin embargo, raramente somos conscientes de que ese producto está ahí gracias a que un hombre, con su vehículo, ha recorrido cientos o miles de kilómetros.

Todos los días millones de hombres y mujeres viven en la noche, pasan sueño y frío para que otros podamos comer, beber y mantener un digno nivel de vida. Es el tejido dinámico de la nación, la eterna rueda del destino; porque si bien nosotros nos beneficiamos de su sacrificio, también ellos, más tarde o más temprano, directa o indirectamente, se benefician del nuestro.

Indefectiblemente, la actividad de la ciudad se construye con sacrificios y responsabilidades asumidas. Siempre hay hombres que se adelantan a los demás, como los panaderos, servicios de limpieza, transportes de mercancía, policía, etc., procurando que todo funcione, el latido permanezca.

Siguiendo nuestras analogías, la Tradición nos dice que en la Historia ocurre lo mismo. Gracias al esfuerzo callado de científicos, literatos, médicos, políticos, etc. el resto podemos gozar de las maravillas de la tecnología, de las reflexiones de los filósofos, de la bella música de los compositores, o de las obras de arte de pintores, escultores o escritores. Algunos fueron mártires en su tiempo, otros nunca fueron entendidos, y muchos sufrieron el frío y la desolación de la soledad, las tinieblas de la noche; pero aun así lograron transmitir pedazos de cielo a sus hermanos los hombres, estrellas llenas de luz que es nuestro alimento espiritual.

Para la Sabiduría Antigua esas Almas Grandes (Mahatmas en la India) son ejemplos de lo que todos podemos llegar a ser algún día, la avanzadilla de la Humanidad, los que trabajan en la noche del Alma. Sus virtudes –que no sus defectos– nos permiten creer en la Bondad de la Naturaleza Humana y en que todos podemos, algún día, ser genios.

Cuando vemos, a las cinco de la madrugada, al panadero que distribuye por la ciudad su pan en su sufrida furgoneta, cruzando las poco iluminadas calles, escuchando alguna canción en la radio o uno de esos programas que acompañan a los noctámbulos, pensamos en aquellos que se levantan antes que el Sol de la Historia y que luego, bajo el resplandor del mediodía, muchos son olvidados, y su recuerdo pasa. Pero ¡cuánto les debemos!

EL PODER DEL NOMBRE

Soy Isis la diosa, la Dama de la Palabra de Poder,
que hace actos de magia con las palabras
cuya voz es su encanto.

Canto Egipcio

En alguna reflexión hemos hablado de lo que denominan *Devas* los hindúes o Elementales los esoteristas, esa especie de duendes que viven en los objetos, aparentemente inanimados, y que los protejan a ellos y a nosotros.

En la misma línea, estos esoteristas nos recomiendan dar nombres a las cosas, bautizar nuestros objetos más queridos, y, como no, a los vehículos con los que circulamos por esos mundos de Dios. Y, como hemos comentado, hablarles, agradecerles su trabajo, esfuerzo y dedicación.

Nuestra mente occidental y racional de principios de milenio ve con desconfianza, sino con sarcasmo, estas ideas, pero sabemos que no son ideas ajenas a muchas almas sensibles, incluso a aquellas que desconocen estas enseñanzas esotéricas.

La tradición egipcia nos ha dejado el legado de un mito, el de Isis dominando al Sol, el dios Ra, al cual pudo sojuzgar porque conocía su nombre secreto. Cuando Isis lo llamó por su verdadero nombre no pudo menos que contestar. Sin entrar en la parte más esotérica del mito y del poder de los nombres, deberíamos reconocer que cuando alguien nos llama por el nuestro, nos vemos inclinados a responder y mirar. Recordemos, a nivel social, lo útil que es conocer el nombre de las personas.

Aún recuerdo cuando bauticé mi primera moto: «Rocinante». Bañé sus ruedas con cava. Qué útil fue durante tantos años.

Lo importante de esta idea, relacionada con nuestra visión espiritual de la vida, es que, dando un nombre a un coche, una moto u otro vehículo, estamos dándole, de alguna forma, vida. No es sólo que, como en *El Principito* de Sain Exupery, ya no es una rosa más, sino «nuestra rosa», ni es una moto más, sino «nuestra moto». No, además en ella se crea y habita un elemental, un ser con el que nos une, desde ese momento, un lazo invisible, que perdurará mientras lo alimentemos.

Algo o alguien que responderá a ese nombre cargado de magia.

XXXIII

El que conoce a los demás es inteligente.
El que se conoce a sí mismo es iluminado.
El que vence a los demás es fuerte.
El que se vence a sí mismo es la fuerza.
El que se contenta es rico.
El que se esfuerza sin cesar es voluntarioso.
El que permanece en su puesto, vive largamente
El que muere y no perece, es eterno.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

NUESTRA RESPONSABILIDAD EN LA CARRETERA

Cuando tu Alma en capullo presta oído al bullicio Mundanal; cuando responde a la rugiente voz de la Gran Ilusión; cuando temerosa a la vista de las ardientes lágrimas de dolor, y ensordecida por los gritos de aflicción tu Alma, a manera de cautelosa tortuga se refugia en el caparazón del EGOÍSMO, has de saber, oh discípulo, que tu alma es un templo indigno de su «Dios» Silencioso.

H.P. Blavatsky, *La Voz del Silencio*

Circulando por las carreteras, como por la vida, nos encontramos con situaciones que reclaman nuestra atención. Un hombre haciendo autoestop, un conductor que se ha quedado tirado en la cuneta, otro que se le acabó la gasolina –al coche–; tal vez un accidente donde la sangre y los cuerpos malheridos reclaman ayuda.

Sin embargo, hay conductores que hacen oídos sordos a los «gritos de desolación» que diría la *Voz del Silencio*, y pasan raudos o, incluso, aprietan más si cabe el acelerador, porque tienen prisa, porque lo suyo es más importante, porque no tienen agallas para enfrentarse con el lado duro de la vida, o peor aun, no tienen el corazón suficientemente trabajado para ayudar a otros seres humanos que no sean ellos mismos. Así de triste es, en ocasiones, la naturaleza humana.

El buen conductor, sin embargo, tomando las debidas precauciones, se detiene y ayuda. Todos, estando en las mismas circunstancias, hemos agradecido infinitamente esa colaboración.

En Tíbet lo llaman la «Gran Herejía de la Separatividad», y es uno de los dramas más terribles del Ser Humano. El pensar sólo en uno mismo, sentirse más importante que los demás, creer que lo que les ocurre a los otros no es nuestra responsabilidad. Para la Sabiduría Perenne el hombre tiene, además de un Dharma Individual, un Dharma Colectivo, un «Dharma de Humanidad». Por eso en Oriente se dice que el Budha rechazó entrar en el Nirvana (Liberación del *Samsâra*, de la Rueda de la Vida), porque no podía tener paz y felicidad hasta que no entrasen con él todos los hombres.

Por desgracia, muchos egoístas caminan por la vida solos, fríos, sin dar ni recibir amor.

EL CABALLERO DE LA ARMADURA OXIDADA

El autor de este célebre libro utiliza las armaduras de los caballeros medievales, como metáfora de la simbólica armadura que muchos hombres llevamos puesta. Aunque a nuestro estilo, esta idea de la armadura nos permite extraer pequeñas enseñanzas, muy útiles, creemos, para enfrentarse a la vida diaria.

¿Qué es un coche, muchas veces, sino una armadura? Una moderna armadura que nos permite, entre otras cosas, protegernos del exterior y procurarnos cierto anonimato. Eso en unos casos; en otros pretende ser una forma despampanante de impresionar, de decir a los que nos rodean: «¡Cuidado! ¿Veis qué coche conduzco, contempláis mi espléndida armadura? ¡Soy poderoso!» Pero de esto ya hemos hablado en otro lugar.

En ocasiones, la parafernalia metálica con la que nos protegemos se parece a unas gafas oscuras que no permiten que nos vean los ojos. No sólo protege nuestra integridad física, sino también la anímica. Algunos, incluso, colocan cristales ahumados en las ventanas de sus vehículos... y de sus almas.

A veces sólo queremos pasar desapercibidos, como una sombra; pero en otras ocasiones es el modo de escudarnos del mundo circundante, al que tememos; y no sólo con una armadura, sino con un foso y hasta un castillo si estuviese en nuestra mano.

De cualquier modo, usemos la armadura para escondernos o protegernos del exterior, nosotros no somos esa armadura, como no somos el coche, como tampoco somos este cuerpo que se marchita, indefectiblemente, con el paso de los años; que se oxida, convirtiéndose para muchos en una prisión. La peor prisión, la del Alma.

INDECISOS

Uno de los elementos más peligrosos en la carretera, a nuestro entender, es el indeciso. La conducción de un indeciso conlleva un alto grado de peligrosidad y de riesgo, tanto para él como para los demás. El indeciso no tiene claro dónde va, frena sin previo aviso, camina lentamente, a trompicones. De pronto gira a la izquierda. ¡No! Se arrepiente. Da marcha atrás. Gira a la derecha. Ahora llega a un cruce. Se para. Se queda media hora pensando qué dirección tomar. Luego, cuando parece que se ha decidido, hace un ademán brusco y se va por otro lado.

Es preferible, creemos, parar y reflexionar, antes que caminar sin saber a dónde vamos. Es mejor detenerse en el arcén o en doble fila, consultar «nuestro mapa», ver las notas, preguntar a quien sabe, antes que interrumpir el desplazamiento de los demás con nuestras dudas. O marchar con decisión en una dirección hasta que descubramos que es errónea.

Sabemos que es un tema problemático, pero en los Centros de Iniciación de la Antigüedad, la duda, vista desde esta perspectiva, se consideraba algo negativo, porque quita fuerza, porque impide avanzar. Es mejor equivocarse y moverse, a dudar y pararse. Es mejor luchar, seguir adelante, trabajar por una meta –aunque sea falsa–, comprometerse; o parar y renunciar, antes que pasar por la vida de un lado a otro aplazando decisiones, calculando todos los riesgos, escondiéndose del dolor. A veces, si no siempre, es bueno asumir el rol de héroes y lanzarnos a por imposibles.

Dice un axioma: «La Vida es Maestra». Y lo es, pero sólo cuando se la vive de verdad, cuando se le planta cara, cuando se acepta jugar la fatídica partida de ajedrez con la muerte. Si duda, el joven no le dirá a su chica que la ama; el empleado no pedirá un aumento de sueldo; el ciego no saldrá de casa; el político no tomará decisiones... Y tantos y tantos ejemplos. No confundamos reflexionar antes de actuar con dudar.

Luego, salga bien o mal, aprendemos, asimilamos la experiencia, y seguimos adelante.

La duda no sólo nos impide a nosotros avanzar, con marchas y contramarchas; también, como en el ejemplo del conductor que hemos descrito, hacemos daño a los que vienen detrás, a los que conducen a nuestro alrededor. Detenemos su marcha, incluso podemos causarles un accidente.

La duda como motor de conocimiento, de búsqueda, es una buena actitud en la ciencia y en la vida: Dudar, no creerse las cosas porque sí, buscar, querer saber, comprender. Pero nosotros nos referimos a esa duda que te deja quieto, que te impide avanzar.

LA PAJA EN EL OJO AJENO

En una ocasión conducía tranquilamente por una autovía, cuando, al cruzarse otro coche con el mío, percibí que el conductor se me quedaba mirando con cara de pocos amigos. No dijo nada, solo me miró, pero fue suficiente para que me ofendiera (soy muy susceptible). Me pareció que me recriminaba por algo, que me juzgaba, me criticaba. Yo tampoco le dije nada, pero pensé para mis adentros, como es comprensible: «¿Qué miras, capullo? ¿Quién te crees que eres?»

Así, tan tranquilo, desahogado contra el descarado atrevimiento del conductor que osó mirarme –al menos con desahogo mental–, llegué a un cruce, donde me di cuenta, ¡oh, sorpresa!, que llevaba conectadas las luces largas del coche. Es decir, había conducido kilómetros y kilómetros molestando a todos los vehículos que se cruzaban conmigo, deslumbrándoles con las luces, pero solo uno me había mirado mal, o al menos yo no me di cuenta de las miradas de los otros, aunque he de reconocer que me chillaban muy a menudo los oídos.

Lo que me recuerda a aquel conductor que se preciaba de lo bueno que era y acusaba a los demás de lo contrario, cuando, en realidad, era su mala conducción la que provocaba los accidentes.

Así vamos por la vida. Acusando a los demás de cosas que, muchas veces, ocurren por nuestra causa. Y no solamente no somos conscientes de que provocamos desgracias, sino que encima, ¡oh, ignorancia!, acusamos a los que nos rodean de ser los causantes de esas desgracias.

Una de los Principios de Oro de la Sabiduría Perenne es que no debemos buscar errores en los demás, convertirnos en jueces de sus actos, sino de los nuestros. «No buscar la espiga en ojo ajeno». «Blando por fuera y duro por dentro, así es el mango», decía el Budha poniendo a esa fruta como ejemplo de virtud. Incluso, profundizando un poco más, podemos decir que los pensamientos y sentimientos que lanzamos sobre otros son como un boomerang; tarde o temprano vuelven, y, además, multiplicados.

Seamos egoístas, en el buen sentido. Entreguemos lo mejor que tenemos a los que nos rodean, porque nos volverá multiplicado.

XLVII

Sin salir de la puerta
se conoce el mundo.
Sin mirar por la ventana
se ve el camino del cielo.
Cuanto más lejos se va,
menos se aprende.

Así, el sabio,
no da un paso y llega,
no mira y conoce,
no actúa y cumple.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LEYES LOCALES Y UNIVERSALES

Una de las cosas interesantes del Código de Circulación es que es Universal. A excepción de lugares como Inglaterra, que conducen por el lado «equivocado» de la carretera, en general, vayamos al lugar del mundo donde vayamos (que utilicen coche, se presupone), el Código es más o menos el mismo. Se podrá ir más rápido o conducir más caóticamente, como en el Cairo, Alejandría o Bombay (aún me tiemblan las piernas), pero en general son las mismas normas.

Así sucede en el Universo. Salvo excepciones (habrá algún planeta, sistema solar o galaxia «inglés»), en todos los lugares del Cosmos rigen las mismas Leyes, o eso nos sugieren los científicos y afirma también la Tradición Hermética. Conociendo las de un planeta o Sistema Solar se pueden conocer las de todos, lo que no significa que ya conozcamos completamente las nuestras.

EFECTO MARIPOSA

Un conductor abre la ventana de su vehículo y tira la colilla a la carretera. Otro coche, que pasa inmediatamente después, crea una corriente de aire que lanza dicha colilla al bosque cercano. ¡Qué mala pata! Cae sobre un arbusto seco y ¡zas!, se inicia un incendio.

El primer conductor llega a casa, deja los trastos, se tumba en el comedor a ver la tele para relajarse después de un largo viaje y ve las noticias. Anuncian un incendio.

–¡Hombre! Qué casualidad –dice sorprendido–, pero si yo he pasado cerca de ese lugar y no he visto nada. Qué mala suerte.

La teoría del Efecto Mariposa afirma que el aleteo de las alas de una mariposa en una parte del mundo, puede provocar un huracán en la otra. La Sabiduría Perenne coincide con este «casi» principio de la física. De alguna forma más o menos medible, de un modo más o menos inmediato, todo lo que hacemos afecta al entorno, todo afecta al Todo.

Por supuesto, también en la carretera. Que vayamos más o menos rápido, bebidos, drogados; que no hayamos revisado los frenos, que no utilicemos manos libres con el teléfono, que nos inclinemos para cambiar un CD, que tiremos la basura en la calzada, que no llevemos regulado el chorro de agua del salpicadero y alcance hasta el coche que se encuentra detrás, que pierda aceite nuestro vehículo –o nosotros–, que tiremos una botella que volará por el aire y, quizá, caiga en el cristal de otro vehículo; que lancemos una colilla encendida... todo afecta al Todo.

No dar una palabra de aliento a un amigo, no mostrar fe en nuestro hijo, o no decir te quiero a la persona amada, o al contrario: sembrar un poco de afecto, de amor, lanzar un pensamiento positivo a otra persona... todo afecta al Todo.

INEFABLE TORPEZA

A veces, uno se levanta «torpe».

Por alguna razón desconocida, se nos cae el periódico, nos manchamos de café, se nos olvida la cartera, no atinamos a meter la llave en la cerradura del coche... Nos pasa a todos. Sí, a usted también, no lo niegue.

Lo curioso es que algo parecido suele ocurrir en algunos días a la generalidad de los conductores, al menos a muchos. Parece que están «obtusos» o «pastosos», lentos, «deshilachados», poco acertados.

Entonces vemos que tres o cuatro coches parecen haberse puesto de acuerdo haciendo pared y lentificando la conducción, no permitiendo ni siquiera adelantar. Otros conducen tan distraídamente que ocupan la mitad de dos carriles. Otro tarda miles de años en darse cuenta de que el semáforo está en verde, tanto, que ya se ha puesto en rojo de nuevo. Fallan los reflejos, etc., etc., etc.

La Sabiduría Perenne nos aporta alguna idea para explicar este fenómeno, que incluye dentro de otros relacionados con la idea de que existe un Alma Grupal de la Humanidad, algo semejante al Inconsciente Colectivo de Jung, una especie de Conciencia Colectiva que, del mismo modo que comparte con pueblos de diferentes lugares del globo mitos, concepciones del mundo y respuestas psicológicas equivalentes, también comparten la «estupidez». Bueno, tal vez he sido un poco brusco. Maticemos y digamos que comparten ciertas influencias, energías, estados anímicos, y cosas así.

El Alma Grupal, en el mundo animal, según estas ideas, es el responsable de que un conjunto de aves vuelen en perfecta formación hacia el mismo destino, que las experiencias de un miembro de la especie se compartan por todas, que reaccionen en conjunto ante una amenaza procurada a uno solo de sus miembros, por ejemplo.

Según esto, el Hombre también tiene Alma Grupal, o algo parecido, y hay fenómenos que le afectan en conjunto, como la torpeza de la que hablamos.

Un matiz de esta idea es que lo que uno es y hace afecta al conjunto, para lo bueno y para lo malo. El colectivo afecta al individuo, pero el individuo también afecta al colectivo. «Ayuda a un hombre y estarás ayudando a toda la Humanidad», dice una máxima; daña a otro y también dañarás a la Humanidad. ¿Qué fundador de religión no ha predicado algo parecido?

Según esta Ley, la Humanidad en general tiene momentos de oscurantismo y de lucidez, de grandeza y miseria, malos y buenos días, y esa comunidad en lo invisible abarca todos los planos y, por supuesto, la conducción.

LOS ÁNGELES DE LA GUARDA

Fórmula para el conductor:
*Señor, protégenos de nosotros mismos
y de todos los que nos rodean.
Guárdanos en la luz,
envíanos un ángel para conducirnos.*

Aïvanhov, *La Nueva Tierra*

–¿Sabes? –le decía un ángel de la guarda a otro–. Tengo las plumas de las alas de punta.

–¿Y eso? –preguntó el aludido– ¿A qué se debe?

–Pues que el hombre al que protejo no se ha matado de milagro. Ni yo hubiera conseguido detener el impacto, ha faltado un pelo de santo.

–Eso es que te ha ayudado tu ángel. El ángel del ángel de la guarda.

–No sé, pero aún estoy temblando. Mira, mira mis alas, antes eran de un precioso color marrón anaranjado, ahora son blancas.

Hecho verídico ocurrido al Ángel de la Guarda de uno de los autores.

¿Quién no ha visto la película *Ciudad de Ángeles*? Allí se puede apreciar cómo estos entes, sean lo que sean y los llamemos como los llamemos, se ocupan de proteger a los conductores, entre otras muchas tareas. A veces el cine sirve para mostrar ciertas realidades que la Sabiduría Tradicional defiende desde hace milenios.

En este sentido, los llamados ángeles de la guarda son seres que vigilan a los humanos en general, no solo a los conductores en particular. Se dice que los niños tienen un ángel protector hasta los siete años, pero que existen miles de ellos velando por la Humanidad adulta.

¿Quién no se ha salvado de un accidente por los pelos (de santos o ángeles)? ¿Quién no se despertó mientras conducía soñoliento, justo antes de llegar a una curva? ¿Quién no ha sentido cierto alivio en la desgracia?

Haberlos haylos, pero qué trabajo les damos, ¡Dios mío!

LIII

Quisiera poseer la sabiduría
para poder marchar por el gran camino
sin temor a desviarme.

El gran camino es llano
pero la gente ama los senderos.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

MORIR ES MORIR

Hoy he leído en un periódico una relación de causas de muerte en las carreteras: X % de traumatismos, y % de parálisis, z % de defunciones... para qué contar.

Hace tiempo leí que moría más gente en las carreteras que en las guerras. Evidentemente es una afirmación muy discutible, aparte de que siempre dependerá de qué guerra se compare con qué cifras de muertos y de qué nación. Pero lo que sí es cierto, lo terriblemente verídico es que cada año –¿está escrito?–, cientos o miles de personas mueren en las redes viales de nuestro país, de todos los países. Al ponernos al volante y dirigirnos a la carretera, hemos de recordar que formamos parte de la estadística, que nos puede ocurrir a cualquiera de nosotros.

¿Es que es inevitable? ¿Es en la conducción donde la muerte se cobra su tributo, su cupo anual, si es que lo tiene? ¿Estamos, nosotros, lectores, en esa lista?

¡CUIDADO!

Arrieros somos y en el camino nos encontraremos.

Refrán popular

Un amigo, muy temperamental, solía descuajeringarse la garganta y la del coche (es decir, el claxon), gritando todos los insultos habidos y por haber a aquellos que le hacían «una mala pasada» conduciendo.

En una ocasión en la que se dirigía al banco en el que debían autorizarle un préstamo, se topo con un impresentable que cruzó sin avisar. Bueno, le dijo de todo y casi quemó el claxon.

Pues bien, cuando después de realizar unas gestiones llegó al banco, resultó que la persona que debía atenderle para concederle el préstamo era... el mismo al que había leído la lista de los treinta o cuarenta insultos más usados.

Verídico.

¿Os imagináis la escena?

Es curioso lo poco que nos cuesta decir «de todo» a un conductor, cuando cada uno está dentro de su coche (su armadura), y el «contacto» es efímero. Y más curioso cuando nos encontramos a ese individuo cara a cara, en el banco, en el trabajo, en la Universidad.

¿Lo trataríamos igual si supiéramos quién es?

Cuando le vemos el rostro, cuando le miramos a los ojos, todo cambia. Lo reconocemos, es, como nosotros, un Ser Humano.

DÍAS FASTOS Y DÍAS NEFASTOS

Oigo las noticias. Estamos en Semana Santa. La locutora hace su predicción: «El año pasado, en Viernes Santo, murieron x personas. Se espera que este año se reduzca en un x % debido a la campaña de concienciación de la Dirección General de Tráfico».

Luego vienen las crueles estadísticas, que confirman que ésta es una de las peores épocas del año debido al número de accidentes y muertes.

Y yo me acuerdo de Ovidio y de su obra *Fastos*.

Los antiguos, por ejemplo los romanos, consideraban que no eran iguales todos los días del año. Pensaban que, al igual que los días primaverales eran distintos de los invernales u otoñales, había ciertos días concretos que eran mejores para una cosa y peores para otra, como por ejemplo, sembrar o cortar árboles. Esto no lo pensaban solo los romanos, lo mismo creían los griegos, los egipcios, los mayas, y la mayoría de los pueblos de la antigüedad, que sepamos. De hecho, la moderna astrología, heredera, evidentemente, de la antigua, aún hoy advierte de días fastos o nefastos para tal o cual signo; incluso algún científico, osado mártir, se atreve a afirmar que las manchas solares que aparecen cada once años afectan de forma directa a la Tierra y a los seres humanos. ¿Y quién no ha oído hablar de la influencia de la luna relacionada con el ciclo menstrual femenino, por ejemplo, o con esas noches de luna llena en las que tienen más trabajo los servicios de urgencia de los hospitales?

Seguramente, estos pueblos, observando durante milenios la Naturaleza y sus ritmos, llegaron a conclusiones interesantes, aunque también es cierto que muchas de sus costumbres podrían ser supersticiones sin sentido, anticuados restos deformados de algo que fue real en otro tiempo, que fue ciencia.

Nosotros pensamos que algo hay de verdad en estas costumbres antiguas, y que sería de mucho valor para el conductor tenerlas en cuenta. Es evidente que en Semana Santa o al inicio de las vacaciones de verano, por ejemplo, es más factible que ocurran accidentes, pero también habría que tener en cuenta que a nivel individual también tenemos nuestros días fastos y nefastos, y ser consecuentes con ellos.

UN ALTO EN EL CAMINO

Nos recomienda la DGT que en los trayectos largos descansemos cada dos o tres horas; así evitamos acumular cansancio, nos despejamos y continuamos más frescos, más «despiertos».

Como ya hemos mencionado, existen biorritmos en el ser humano que nos determinan, como existen en la Naturaleza, como la necesidad de comer, de dormir, las denominadas «necesidades fisiológicas», o la de, simplemente, descansar.

Hay ritmos, ciclos que se producen en un día, y los hay de periodicidad semanal, mensual, anual e, incluso, que abarcan varios años. Sin irnos muy lejos, y por poner un ejemplo, los aztecas hablan de Eras de miles de años: cuatro han pasado, y estamos ahora en la Quinta Era o Quinto Sol, el «Ollin Tonatiuh».

En este caso la psicología coincide con el esoterismo, afirmando que la capacidad de atención del hombre es muy limitada, y también la capacidad de usar la energía un determinado periodo de tiempo de forma continua.

Algunos psicólogos recomiendan permitirse, en el diario batallar, de pequeños momentos de asueto, y ofrecen ejercicios simples pero eficaces para lograr que las energías fluyan, las baterías (esta vez las del hombre no las del coche) se recarguen, la atención vuelva a «punto muerto», para así empezar de nuevo plétóricos de energía.

Un ejercicio, por ejemplo, consiste en detenerse, sentarse si es posible, y cerrar los ojos unos minutos, sin pensar en nada, o hacerlo en algo relajante, como la luz, el cielo, las nubes, el mar. Ese «desconectar» por unos segundos ayuda a recobrar el equilibrio. Como hace el taxista de la película *Collateral* con esa foto de una isla paradisíaca colocada detrás del parasol. Ahí se iba, mentalmente, cada vez que se sentía estresado.

La noche, con el sueño, es el gran periodo de descanso del día, y es menester dormir más de seis horas para que el «vehículo energético» del hombre se reponga. Pero a lo largo del día, sobre todo en los países donde «no se duerme siesta», es conveniente salirse del «mundanal ruido» aunque solo sean unos pocos minutos, para recobrar la cordura.

Quizás el Alma necesita evadirse de este cuerpo que es su cárcel, que la constriñe y limita.

LIX

En el gobierno de los hombres y al servicio del cielo,
lo mejor es la moderación.
La moderación todo lo somete.
Quien consigue pronto el sometimiento,
acumula mucha virtud.
Con la virtud acumulada,
vencerá en todo.
Venciendo en todo,
llegará a límites insospechados.
Puede incluso apoderarse del reino.
Poseyendo a la Madre del reino,
puede durar mucho tiempo.
Es el camino de la profunda raíz de la sólida base,
del largo vivir y vista duradera.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

LA IMPORTANCIA DEL COMIENZO

Jano, el dios de los inicios en Roma.

Hay un concepto en esoterismo que algunos denominan el «cliché» (Aïvanhov, por ejemplo), otros la «grabación de los actos», y que la moderna psicología denomina «hábitos». Esta idea defiende que es de capital importancia, en cualquier actividad que se inicie por primera vez, esmerarse al extremo en los primeros momentos, sobre todo en los primeros gestos. Si, por ejemplo, nos están enseñando a conducir, sería vital que prestáramos mucha atención al instructor para realizar los ejercicios a la perfección, hasta el punto, si es necesario, de realizarlo de forma lentísima y bien, antes que apresurada y mal.

¿Por qué? Porque esa nueva información que entra en nuestra mente se graba por primera vez, como si hiciera un surco, y si lo hace mal es un lastre que impedirá que la nueva información se grave bien, será un hábito mal adquirido que tenderá a repetirse.

Tenga o no un trasfondo esotérico, o sea solo la forma de actuar de nuestra mente, lo cierto es que cuando creamos un cliché es muy difícil deshacerse de él, como ocurre cuando nos hacemos una idea de una persona; luego es muy arduo cambiar la «primera impresión». En el Arte de Conducir nuestro vehículo de metal y cuero, o nuestros vehículos de la personalidad, es fundamental crear los hábitos más adecuados, los clichés, no solo por nuestro bien, sino por los demás.

Al mismo tiempo, el cliché, en su aspecto positivo, nos puede ayudar mucho, como nos ayudan los buenos hábitos: una vez creado es una fuerza que nos empuja a hacer bien las cosas.

EL COPILOTO

¿Qué es el copiloto sino el compañero de viaje, de aventuras, el que nos apoya, el que no deja que nos durmamos, el que nos dice cuándo podemos acelerar o debemos frenar, el que consulta el mapa por nosotros, que sabe dónde están las pequeñas metas que hay que alcanzar en dirección a la gran meta?

El copiloto es Pepito Grillo, el duende de la conciencia, el que sabe, el que está atento y nos ayuda en el largo Peregrinar. Nosotros conducimos el vehículo, pero sus sabios consejos permiten que lo hagamos con efectividad.

Es nuestro Yo oculto, la Voz del Silencio, esa voz sabia que nos habla y nos aconseja, aunque no siempre le hacemos caso. Esa voz que retumba en nuestra Alma cuando viajamos por caminos de estrellas.

LXXIII

El valor del osado le conduce a la muerte.

El valor del prudente le conserva la vida.

Uno es el perjudicado

y el otro el beneficiado.

Del que resulta dañado,

¿quién sabe los motivos del cielo?

Esta es la duda del sabio.

El camino del cielo

es saber vencer sin combatir,

responder sin hablar,

atraer sin llamar,

y actuar sin agitarse.

Amplia es la red del cielo

y de anchas mallas,

pero nada se le escapa.

Lao Tse, *Tao Te Ching*

COSTUMBRES

Cuando uno acude al trabajo con su propio vehículo, suele ir siempre por los mismos lugares. Es un rito. Uno sabe cuando un semáforo se pondrá en rojo, si una calle recoge mucho tráfico, las horas más conflictivas, que si corre un poco en un lugar determinado podrá alcanzar un semáforo en verde, etc.

Sin embargo, un día, por lo que sea, cambiamos de rutina y vamos por otro lado. Entonces todo cambia, la ruta cobra vida, nos fijamos en mil y un detalles.

Tenemos algo que decir sobre este fenómeno tan cotidiano. En primer lugar, una de las recomendaciones de la Sabiduría Perenne es que de vez en cuando habría que hacer esos cambios, romper la monotonía, obligándonos así a permutar los hábitos viejos con otros nuevos, o simplemente para prestar más atención a lo que nos rodea.

En segundo lugar, ese cambio de perspectiva nos ayuda a comprender que la realidad es cambiante, nos permite apreciar cosas que antes no veíamos. Y luego, cuando volvemos a circular por el mismo trayecto de antes, apreciamos las mismas cosas con más frescura; las descubrimos de nuevo.

Según esta Sabiduría, en la vida, lo que nos ocurre suele tener una razón. Por ejemplo, caer enfermos: rompe la rutina, nos obliga a quedarnos en casa; entonces todo cambia, el uso del tiempo, la apreciación del cuerpo, ver nuestra vivienda en otras horas, la respuesta y la convivencia con otra gente, la de todos los días. Es decir, es una oportunidad de cambiar el «chip» y contemplar de nuevo al mundo con otros ojos, para ver lo que antes no veíamos, aunque lo teníamos delante. La rutina, en el mundo de la conducción, es peligrosa. Cuando nos apoltronamos en las mismas costumbres y vivencias, respondemos con lentitud e incluso erróneamente ante los imprevistos.

Romper la rutina es bueno para nuestra conciencia, porque ésta la aletarga. Se aprende por el cambio, por el conflicto, por la crisis.

SOLEDAD, COMPAÑÍA

A veces el conductor es un individuo solitario; lleva su vehículo por las calles, también solitarias, dirigiéndose a algún lugar indeterminado. Otras transporta pasajeros; convive con ellos, interactúa, comparte casi con un mismo destino; al menos mientras viajan bajo el mismo techo.

Así viaja el hombre por la vida, nos dice la Sabiduría Perenne, siempre consigo mismo, pero la mayoría de las veces en compañía. Así, nos sigue instruyendo este conocimiento atemporal, las almas encarnan en el mundo, cada una con su propio Karma, su propio Destino, su propio saco de causas y efectos acumulados en las distintas encarnaciones. Pero siempre entra en el mundo a través de una familia, y luego, la mayoría de las veces, la crea.

Solo o acompañado, el Peregrino «conduce», navega por los meandros de la Vida. Y siempre sus actos afectan a sus compañeros de viaje, como las maniobras del coche en la carretera afectan a los otros vehículos. Todo está interrelacionado. Por lo tanto, nadie está solo de verdad, porque pertenece a la Raza Humana y comparte un destino común.

KHARMA YOGA

Una vez le preguntaron sus discípulos a un Maestro: «¿Qué debemos hacer para adelantar en la virtud y en el camino de la Sabiduría?» El Maestro reflexionó largamente (dos o tres semanas) y luego dijo: «Realiza todos tus actos buscando la perfección».

En Oriente, sobre todo en India, es conocida la doctrina del Yoga. Yoga significa «Unión», y, en realidad se refiere a distintas formas de alcanzar la unión con Dios, con Uno mismo, con el Absoluto, con el Tao, la Realización, el Sí Mismo... Existen distintos Yogas, Cuatro grandes y muchos pequeños, pero el que nos interesa en esta reflexión es el Kharma Yoga.

El Kharma Yoga propugna lo que el sabio mencionado más arriba. Es el Kharma relacionado con el plano más material de la existencia. En definitiva, lo que enseña es que el Perfeccionamiento del Ser Humano se realiza y se expresa realizando correctamente las tareas habituales de la vida cotidiana, esmerándose en realizar todas las acciones a la perfección. El campo de trabajo es el mundo físico que nos rodea.

Nos mostramos a través de lo que hacemos. Una persona ponderada, serena, abrirá el coche con suavidad y del mismo modo cerrará la puerta; atenderá a los detalles, conducirá con precaución, será cortés, sabrá en qué punto cambiar de marcha, etc. Una persona desordenada interiormente lo mostrará en el estado del coche y en su uso: salidas bruscas, frenos quemados en el asfalto, apurar de marchas, forzar el motor, no atender a las necesidades básicas de la maquinaria, como el cambio de aceite..., es decir: será un fiel reflejo de su personalidad. Y el coche solo es una manifestación más de nosotros mismos, somos lo que somos allá donde vayamos.

El Kharma Yoga incide en la búsqueda del equilibrio interno a través del equilibrio exterior, del orden interno a través del exterior, y el mundo de la conducción es buen campo de pruebas. No es necesario irse a un templo Shaolin, ni buscar el monasterio perdido en los Himalayas. Los misterios pequeños y grandes comienzan y terminan en nosotros mismos, en cada uno de nuestros actos y pensamientos. El mundo entero es un campo de entrenamiento donde perfeccionarse, un Tatami, como dijimos en otra reflexión, donde nos trasmutamos a través del aprendizaje y el entrenamiento. Luego, del mismo modo, en una espiral de crecimiento interior, el cambio interno afectará al resto de manifestaciones de nuestra vida, y de la de los otros.

LXX

Mis palabras son fáciles de comprender
y fáciles de practicar.
Pero nadie en el mundo las comprende,
nadie las practica.
Mis palabras tienen su fundamento
y los actos tienen su dueño.
Pero nadie los conoce y nadie me conoce a mí.
Raros son los que siguen
y éste es el máximo valor.
El sabio oculta bajo pobres vestidos
piedras preciosas en su pecho.
Lao Tse, *Tao Te Ching*

CÓMO ESPIRITUALIZAR TODAS NUESTRAS ACTIVIDADES

«Muchos se imaginan que para ser espirituales hay que consagrarse a la meditación y a la oración. No, cualquier trabajo, incluso espiritual, se convierte en algo extremadamente banal cuando no introducimos en él una idea sublime, un ideal superior; y al contrario, cualquier trabajo banal puede ser espiritualizado si sabemos introducir en él un elemento divino. La espiritualidad no consiste en rechazar toda actividad física, material, sino en hacer todo en aras de la luz, para la luz y por la luz. La espiritualidad es saber utilizar cualquier trabajo para elevarse, para armonizarse, para unirse a Dios.»

Omraam Mikhaël Aïvanhov, *La Nueva Tierra*.

EL HOLANDÉS ERRANTE

El sufrimiento no abandona a los muertos, el dolor por la vida perdida.

A mi alrededor, en la calle, en el trabajo, pero también en las carreteras, veo espectros. Nuestras vías están repletas de fantasmas, los de aquellos que murieron en sus largas lenguas de asfalto. Damas de Blanco, almas en pena, perdidas, sin Norte, que ya no saben qué dirección elegir ni qué ruta tomar para volver a casa, al hogar. Deambulan como el Holandés Errante, estupefactos, sin pasado y sin futuro, atrapados en las redes que trazan las infinitas posibilidades de las carreteras.

A veces, un conductor confunde un autostopista con un espectro, para quedarse perplejo al verlo desaparecer, porque ellos ya no pueden llegar a ningún sitio, no hay hogar al final del camino, solo tristeza, eterna tristeza.

NIEBLA ESTIGIA

Aquel día estaba bastante nublado. La niebla que ondulaba por el lago daba un aspecto fantasmal al ambiente. Tenía miedo, tengo que reconocerlo; no era un paisaje muy acogedor que digamos. Cada vez que algo chapoteaba en el agua un escalofrío recorría mi espalda.

¿Quién me mandaría perderme? Ya le dije a mi mujer que no nos desviáramos por el atajo. Por cierto, ¿dónde está mi mujer? Si hace un momento se encontraba a mi lado, sentada en... ¡el coche! ¿Dónde está el coche? Pues si que es graciosa la cosa, también lo he perdido. Es que siempre tiene que pasar algo: Que si nos vamos al campo con los chiquillos, que si coge la maleta, no te olvides los bocadillos y las bebidas, saca antes al perro... ¡¡Los chiquillos!!, ¿dónde se han metido? Aquí se han largado todos y me han dejado tirado. No serán capaces.

¿Qué hora será? Vaya, el reloj automático, sumergible, a prueba de golpes, que me costó mil euros, pues se ha parado, será posible. ¡Venga, ponte en marcha! Nada, no quiere. Vas a saber quién soy yo, a volar se ha dicho.

Alguien se acerca por la laguna. Voy a esconderme no sea un navajero y me quite hasta los zapatos. Pero si es un viejo, ¿será un pescador? ¿Habla solo? Seguro que es algún loco.

Caronte. –Desde tiempo inmemorial he ayudado a todos los que venían a cruzar la laguna Estigia. ¿Dónde estará el extranjero que Plutón me ha pedido que recoja? Quizá el arcano señor de los mundos inferiores se ha equivocado. Pero no puede ser, las Parcas no han perdido nunca ninguno de los hilos del destino. ¡Hombre, donde quiera que estés, escucha mis palabras, sal de tu escondite!

Carlos. –Vaya voz, parece un tenor.

Caronte. – ¡Que salgas te he dicho! ¿A qué esperas?

Carlos. –Está bien, vale. ¿Qué quieres?

Caronte. –Por fin. Gracias a Zeus, empezaba a sentirme un poco estúpido hablando solo.

Carlos. –¿Cómo sabías que pasaría por aquí?

Caronte. –Has venido a unirme con tu Principio, como hacen todas las criaturas del Universo. Aquí hallarás los últimos Misterios, los que antes solo llegaban hasta ti en oscuras formas indescifrables.

Carlos. –¿Qué Misterios? ¿Qué Principio? Lo único que quiero es encontrar a mi familia y largarme de aquí.

Caronte. –¿No sabes qué lugar es éste?

Carlos. –No, ni me importa. Bueno, sí, dímelo y me marchó. ¿Conforme?

Caronte. –Te burlas de mí.

Carlos. –Solo quiero irme, ya te lo he dicho.

Caronte. –Mi paciencia tiene un límite.

Carlos. –Y la mía también, te lo aseguro. Mira, yo me voy, tú te vas, y si te he visto no me acuerdo.

Caronte. –De aquí no te marcharás nunca.

Carlos. –¿Qué no me marcharé? Vamos, pero ahora mismo.

Caronte. –Te lo explicaré: ¿No recuerdas el accidente?

Carlos. –¿Qué accidente?

Caronte. –El que sufriste con tu familia al poco de entrar en el sendero.

Carlos. –No lo recuerdo, pero, si he tenido un accidente, ¿cómo es que mi familia no está conmigo?

Caronte. –Tiene una sencilla explicación: Ellos han sobrevivido y tu...

Carlos. –¿Muerto? ¡Ja! Fíjate, me pellizco y... ¡diablos! No he sentido nada. ¿Tendrá razón el abuelo este?

Caronte. –Ahora vendrás conmigo y cruzaremos la laguna Estigia hasta el reino de Más Allá.

Carlos. –¿Y si no quiero?

Caronte. –¡Por Ares! Debes hacerlo...

Carlos. –Pues no.

Caronte. –Es tu obligación.

Carlos. –No quiero... ¡que no!...

Caronte. –¡Por todos los dioses! ¿Quieres que te lo suplique?

Carlos. –Está bien, no te pongas así. Iré contigo, venga, vamos.

Caronte. –Pero antes tienes que pagar por cruzar la laguna, solo un denario de oro. Ya sabes, puro formalismo simbólico.

Carlos. –¿Un qué?

Caronte. –Un denario. Dinero, monedas.

Carlos. –Lo que faltaba. Al final siempre vamos a parar a lo mismo, no podía ser de otra forma. Dinero, vil metal.

Caronte. –Venga, hombre, ahora ya no te sirve para nada.

Carlos. –Bueno, vamos a ver lo que tengo en los bolsillos. ¿Te vale una moneda de cien pesetas?

Caronte. –¿Pesetas? Pero si están fuera de circulación.

Carlos. –Ya, pues es esto o nada. ¡Nos vemos, abuelo!

Caronte. –¡Espera! En fin, supongo que servirá. Venga, sube a la barca.

Carlos. –¿A esto llamas barca? Ya hablaré con ese Señor tuyo, como se llame. O es un tacaño o está en la ruina. No tiene que pagarte muy bien que digamos. Mírate a un espejo, menuda cara de pasar hambre que tienes.

Caronte. –Sube ya de una vez, ¡por Zeus! No te mato porque ya estás muerto.

Carlos. –Esto se mueve mucho. Con el día que llevo, seguro que nos vamos al agua.

Caronte. –Estate quieto y verás cómo no se mueve.

Carlos. –¿Sabes nadar, supongo? Bueno, da igual. ¿Es normal tanta niebla? A ver si nos perdemos, yo con una vez por día tengo bastante.

Caronte. –Este humano tiene razón, no me pagan lo suficiente.

Carlos. –Oye, una pregunta: ¿Allí donde vamos tenéis televisor? No me gustaría perderme el partido del fin de semana.

¿EL FINAL?

Aquí acaba una etapa del Viaje, de nuestro Viaje Filosófico, en el que hemos compartido unas pocas horas.

Como hemos intentado expresar, el Conductor, el Vehículo y la Carretera son símbolos, reflejos de otras realidades superiores: Alma, Cuerpo y Vida. A través de los milenios, el Alma viaja siempre en dirección a su Patria Celeste, en este mundo que llamamos Tierra –otro vehículo–, y quizá en otros, en un proceso que parece infinito.

Que viajamos es algo seguro, aunque el lugar a donde nos dirigimos es para muchos incierto. De todos modos, la Vida, el Viaje, está repleto de misterios, de aventuras, de magia, de sueños, y, porque no decirlo, también de sacrificio y dolor.

Esperamos que algunas de estas reflexiones hayan llegado a vuestra mente y a vuestro corazón. Que un día cualquiera, conduciendo, ante un semáforo, un trozo de vía sin asfaltar, un conductor dudoso, una señal de tráfico... recuerdeís alguno de nuestros pensamientos, y entonces elevéis la conciencia de la realidad cotidiana a la Realidad Trascendental. Eso sería para nosotros un gran regalo.

NOTAS EDICIÓN

Estimado lector, queremos darte las gracias por elegir nuestro libro.

Esperamos que hayas disfrutado recorriendo los senderos de los mundos que hemos creado y soñado para ti.

En cuanto a los datos de la novela y la edición digital, nuestra intención ha sido en todo momento la de proporcionar el mejor resultado, pero si descubres algún tipo de error, te rogamos que nos lo comuniques, para así mejorar la obra en próximas actualizaciones.

También puedes utilizar nuestro correo electrónico para cualquier consulta que creas oportuna.

Puedes contactar con nosotros en la siguiente dirección de correo:

dagon@hiperborea.net

Por último, te invitamos a visitar nuestra página web, donde encontrarás más información sobre nosotros y nuestros libros.

<http://www.hiperborea.net>

